

METRALLA ESPACIAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



METRALLA ESPACIAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

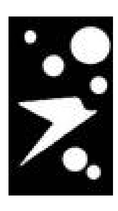

La conquista del
ESPACIO

RALPH BARBY

METRALLA ESPACIAL

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 617

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 15.472 - 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: junio, 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de**EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

CAPITULO PRIMERO

La lanzadera se elevó en vertical sobre la gran plataforma de despegue ubicada encima de la montaña convertida en astropuerto.

Los chorros ígneos brotaban de las toberas que se hallaban en la panza. Luego, la lanzadera aceleró en horizontal, alcanzando velocidad progresivamente.

El piloto ordenó al computador una elevación de diez grados y no tardaron en salir de la atmósfera. El viaje no sería largo, hasta una cosmonave interestelar.

Los viajeros permanecían disciplinadamente acomodados en sus butacas y los equipajes estaban ordenados en la estrecha y alargada bodega del vehículo.

Aquél era el viaje de la esperanza, -un viaje secreto que acababa de emprender un grupo de personajes muy importante, el más importante del gobierno de la Unión Terrícola.

La cosmonave Tralla 29-1 se hallaba a diez mil uni-space.

Era una cosmonave de gran radio de acción, un vehículo espacial de altísima fiabilidad y gran confort para largos viajes interestelares.

En aquella ocasión, las medidas de alta seguridad habían sido máximas. Ni siquiera Senglar, el joven comandante de la Tralla 29-1 conocía el objetivo de la misión.

Las órdenes que tenía se limitaban a aguardar en unas determinadas coordenadas espaciales la llegada de un transbordador en el que arribarían unos pasajeros que debería trasladar a un lugar todavía no determinado.

—Atención, se acerca un vehículo espacial —advirtieron.

—Centra imagen —ordenó Senglar. Se hallaba sentado en la butaca de comandante desde la que dominaba todos los controles y especialmente la pantalla central.

—No hay telecomunicación —advirtió Sábato que estaba a cargo de las telecomunicaciones.

—No habrá telecomunicaciones, sólo un estribillo tecno-musical cuando hayan llegado a mil uni-space; ésa es la contraseña.

En. la gran pantalla central apareció un punto luminoso. El propio comandante Senglar accionó un control que aumentó la potencia telescópica de las cámaras colocadas estratégicamente en el exterior de la Tralla 29-1.

La lanzadera transbordador quedó nítidamente visible en pantalla, su imagen cada vez fue mayor.

—Perfecto, es la lanzadera que esperamos.

—¿Por qué tantas precauciones, acaso por los Blau de Alexander?

—Nunca se sabe dónde están esos bastardos —gruñó Senglar.

—Hay que vigilar —opinó Fuentes que controlaba los radares y sensores exteriores—. Sé que ha habido ocasiones que se han camuflado en discos de la Confederación, proporcionándonos sangrientas sorpresas.

—Esta vez no ocurrirá —manifestó Senglar—. Vigilaremos, acabamos de meternos en una misión de alta seguridad.

Las escuchas estaban abiertas y no tardó en oírse el estribillo nacido de un sintetizador sincrónico-musical. Un espectro amplio de micro-infrarrojos lanzó al espacio unas notas
musicales que fueron captadas por el receptor de la Tralla29-1.

—Atención, abandonad el hangar, vamos a despresurizarlo —dijo Senglar.

De inmediato pulsó varios botones y se fueron encendiendo pilotos rojos. Por último, abrió una llave y dejó el resto de la labor al ordenador central.

La gran plataforma que era rampa al mismo tiempo, se fue abriendo hasta dejar el hueco suficiente para que el transbordador pudiera acercarse y entrar.

Planetas, asteroides, miríadas de estrellas, la plenitud del espacio vacío, contradicción de contradicciones, realidad de realidades, les

envolvía.

Uno de los servidores de la cosmonave Tralla 29-1, protegido por el traje de supervivencia, vigilaba atentamente la maniobra, maniobra que, por otra parte, quedaba controlada por los objetivos de las telecámaras que a su vez controlaba el ordenador central; pero, siempre podía existir el imponderable y para evitar problemas estaba el ojo humano vigilante.

La lanzadera se posó sobre la rampa y ésta se cerró lentamente, elevándose hasta encajar por completo, engullendo así al transbordador en el que viajaban secretamente unos personajes sobre los cuales no se podía hablar y mucho menos preguntar.

Desde su puesto de mando, Senglar observaba la operación.

Los pilotos luminosos iban señalando la hermeticidad de los cierres. Después, las válvulas devolvieron el aire al hangar hasta alcanzar la presión adecuada.

—Atención, les habla Senglar, comandante de la cosmonave Tralla 29-1. Bien venidos a bordo. La presión interior es de setecientos sesenta y cinco milímetros, la humedad de un cuarenta por ciento y la temperatura, veinte grados Celsius.

—Aquí Nina, guía y jefe de servicios de la Misión Esperanza.

—Saludos, Nina, y saludos al resto de los viajeros.

—Aceptados. Ruego control estricto de constantes físico-ambientales.

—¿Qué ocurre, hay algún enfermo a bordo?

—Comandante, limítese a cumplir lo que se le exige —fue la respuesta de Nina, una respuesta que a Senglar le pareció demasiado dura, máxime porque la oía en la nave de la cual él era el comandante, mando supremo.

Tecleó y no tardó en obtener los resultados en la pantalla de lectura. Por el micrófono, respondió:

—Constantes invariables, no hay fugas ni la temperatura varía en toda la cosmonave, a excepción de las dependencias contiguas a los motores y el núcleo de combustible.

—Perfecto, comandante Senglar, es lo que se le exige —respondió la

voz de Nina.

—¿Es guapa? —rezongó Fuentes, volviéndose hacia Senglar.

—Lo ignoro, no se ha dejado ver en pantalla y hasta que no salgan de la lanzadera no podremos saberlo.

—Atención, comandante Senglar, ¿me oye?

—Sí, la oigo perfectamente.

—¿Están los camarotes listos y en perfecto estado de recepción?

—Aja, todo está dispuesto. ¿Hace falta que pongamos los biberones en las mesitas?

El sarcasmo de Senglar no fue replicado por la guía y jefe de servicios de la expedición que acababa de llegar a bordo.

—Bien, ahora las ocuparemos.

—Si desean que les acompañemos...

—No es necesario, tenemos un plano de la cosmonave y cada uno de los pasajeros sabe perfectamente cuál es el camarote que le corresponde y dónde está.

—Pues están más informados que yo.

Se abrió la puerta de la lanzadera-transbordador y la escalera retráctil quedó desplegada, los viajeros comenzaron a descender por ella.

Desde la sala de control podían verlos, en la gran pantalla, a través de las telecámaras emplazadas en el hangar y que se movían por control remoto.

—¿Os habéis fijado? —preguntó Sábato, señalando la pantalla.

Senglar habló despacio, sin prisas.

—Llevan puestos los trajes de seguridad Cinco. Qué raro, aquí no tenemos ningún problema de radiaciones peligrosas.

Las cabezas de los recién llegados quedaban ocultas dentro de los yelmos livianos porque no precisaban resistir presiones de tipo alguno.

No eran yelmos de gran supervivencia, necesarios para pasearse por el

espacio cósmico vacío de toda atmósfera, pero los cristales que protegían los rostros eran polarizados y resultaba imposible ver las caras.

Los viajeros abandonaron el transbordador que no parecía tuviera que regresar al planeta Tierra, un vehículo ultra-sofisticado, provisto de unas medidas de seguridad de las que carecían los transbordadores turísticos usuales.

Fuentes rezongó:

—Parece que vamos a transportar a un colectivo de fantasmas.

—Está bien, seguiremos las órdenes —dijo Senglar.

—¿No hay ni siquiera sospecha de hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Sábato.

Senglarrespondiósinapartarsuvistadelapantalla.

—No, no tengo ni la más remota idea.

Treinta minutos más tarde, cuando todos los pasajeros se hallaban instalados en sus respectivos camarotes, Senglar escuchó una voz femenina que ya tenía capacidad de reconocer.

—Comandante Senglar.

Abrió el telecomunicador que llevaba en el polivalente de pulsera y respondió:

—A la escucha. Es usted Nina, ¿verdad?

—Efectivamente, la guía y jefe de servicios. —Ya, laJ.S.

—Si quiere abreviarlo así… ¿Puede acudir inmediatamente a la sala catorce?

—Naturalmente, pero no sé por qué pregunta «si puedo» cuando exige que vaya inmediatamente.

—Leesperamos—fuelasecarespuestadelamujer. Senglar avanzó por los corredores. Subió a la plataforma del elevador y éste le descendió hasta el nivel uno.

Caminó hasta descubrir a un hombre vestido con el traje protector Cinco pero que además estaba armado con un sub-fusil polivalente.

—¿Quién le ha dado permiso para llevar ese arma dentro de mi cosmonave?

Aquel individuo, cuyo rostro permanecía oculto tras el cristal del yelmo, apuntó con su arma al pecho de Senglar en acción intimidatoria y exigió: —Identifíquese.

—Estoy en mi cosmonave y soy el comandante. Es usted, el intruso, quien debe identificarse.

—Tengo órdenes estrictas. Identifíquese o me veré obligado a disparar.

Senglar, qué no esperaba aquello, apretó los labios, pero no deseaba tener un encuentro violento con aquel centinela y sacando su placa identificativa, se la mostró.

—Póngala en el controlador automático —indicó el vigilante.

Junto a la puerta habían colgado un aparato controlador que tenía una ranura por la que Senglar introdujo su placa. Casi al mismo tiempo, se encendió un piloto verde.

El vigilante asintió y la puerta de la sala catorce se abrió en forma automática.

Acomodados en la sala había tres personajes. Uno de ellos seguíaocultándosedentrodeltrajedeprotecciónCinco.

El otro vestía el uniforme de estado mayor de la milicia 10-

espacial y por los cuatro soles que llevaba en su gorra, en las charreteras y en sus bocamangas, era fácil deducir que se trataba de un general.

El tercer personaje era una mujer, una mujer que no era ninguna niña pero tampoco se había sumergido aún en la madurez biológica, una mujer que sorprendía por su belleza, por su serenidad, por la inteligencia que traslucían sus ojos. Sus formas femeninas tenían un indudable atractivo. Era rubia, de largos cabellos lacios. Senglar le sonrió ampliamente. —¿Nina?

—Sí.—hizounabrevepausayañadió—:Elgeneral McArmy tiene que hablarle.

Se volvió hacia el general que estaba sentado en el centro y le dijo:

—Le conozco, general McArmy. Ignoraba que fuera a venir a bordo de esta cosmonave.

—Yo también le conozco a usted, comandante Senglar, le conozco por su expediente. Es usted el comandante más fiable, con mayor experiencia interestelar. —Gracias por su elogio, general.

—No se trata de ningún elogio, es la respuesta del mejor y .más importante ordenador que posee la milicia espacial. No ignora que en sus entrañas contiene todos los expedientes completos. Nadie mejor que ese ordenador para seleccionar al hombre al que se le van a exigir cualidades especiales. —General, intuyo que la misión es muy importante. —Lo es.

—Sin embargo, las precauciones excesivas dentro de mi cosmonave no me parecen adecuadas.

—Las precauciones de vigilancia se mantendrán, comandante Senglar, y usted las aceptará y las comunicará al resto de la tripulación. Deberán someterse a vigilancias e identificaciones constantes.

—Sería conveniente que, por lo menos yo, conociera los motivos de esta misión.

—Se le comunicarán en su debido momento.

—¿Tan *top secret* es?

—Afirmativo, comandante Senglar, *top secret.*

—Deberá limitarse a seguir las indicaciones que se le den —manifestó Nina.

Senglar frunció el ceño.

—¿No voy a conocer ni el destino?

El propio general McArmy le respondió tratando de no ser duro en aquel momento, pues se daba cuenta de que crear un antagonismo inicial no podía ser bueno en el largo viaje.

—Conocerá el destino, ahora se limitará a poner su cosmonave en ruta.

Le alargó una casete magnética de alta fiabilidad.

—Aquí están las instrucciones de ruta. Cada ocho horas seré

informado de la posición y la velocidad de la cosmonave. Rehuirá el contacto con otras cosmonaves. Se mantendrá a la escucha de cualquier mensaje que pueda receptar, pero no emitirá ningún mensaje. Este viaje es secreto.

—¿Puedo preguntar si corremos peligro de ser atacados?

—Sí, comandante Senglar, ese peligro existe y hay que evitarlo.

—Esta cosmonave va armada.

—Conocemos el armamento de que dispone esta cosmonave.

—¿ElpeligropuedevenirdelosBlaudeAlexander?

—Es una posibilidad —admitió el general McArmy—, una posibilidad que no hay que desechar. Nuestro viaje va a ser largo y ellos pueden estar vigilantes en el espacio con sus naves rebeldes dispuestas a atacarnos. Todos sabemos que el objetivo máximo del general Alexander es conquistar la Confederación Terrícola y someternos a su dictadura visionaria e imperialista espacial.

—Mis informaciones son de que los Blau no han sido vistos en los últimos tiempos y nuestras cosmonaves de la Confederación no han sido atacadas.

—Ha habido desapariciones de cosmonaves que pueden atribuirse a accidentes en el espacio, a colisiones con meteoritos o asteroides, pero otras de esas desapariciones se deben a ataques de los Blau de Alexander. Comandante Senglar, le exijo la máxima atención. Exijo también que su tripulación responda al máximo de sus cualidades y profesionalidad. Cualquier error, la menor deficiencia, un asomo de incompetencia, será castigada con el máximo rigor dentro del marco de las ordenanzas espaciales y las leyes de nuestra Confederación.

Todas aquellas palabras le parecieron demasiado duras a Senglar que replicó:

—Espero que no olvide, general McArmy, que a bordo el comandante soy yo y por tanto responsable de cuanto suceda, pero al mismo tiempo, el único que dará órdenes o redactará los expedientes disciplinarios que sean precisos. Aunque haya hombres armados a bordo, si interfieren en mis cometidos tendré que tomar medidas al respecto y usted, general McArmy, sabe perfectamente que las leyes están de mi parte en este aspecto.

—Lo sé, comandante Senglar y mis hombres de escolta no interferirán. Confío que esta entrevista no haya servido para crear antagonismos estúpidos. Era preciso hacer algunas puntualizaciones y ya están clarificadas las posiciones. Ahora, ponga usted en ruta la cosmonave.

Senglar lanzó una ojeada al hombre que seguía ocultando su rostro, aquel personaje que no había pronunciado una sola palabra.

Continuaba sin saber su identidad y a bordo había otros como él que preferían permanecer en el más absoluto de los anonimatos.

—A sus órdenes, general. La Tralla 29-1 ha iniciado ya su misión. ¿Le molestaría que la llamase Misión Impenetrable?

CAPITULO II

La cosmonave Tralla 29-1 surcaba los espacios interestelares a un millón de uni-space por minuto.

Los suprarradares automatizados y controlados por el ordenador central vigilaban atentos para evitar cualquier colisión con asteroides y meteoritos.

La cosmonave navegaba a altísima velocidad crucero, ya sin la propulsión de los motores. La ruta era la marcada por la casete magnética que el general McArmy entregara al comandante Senglar.

—Estoy captando una telecomunicación —advirtió Fuentes.

—Grábala, pero no respondas —le ordenó Senglar.

—De todos modos, alguien terminará por captar la posición de nuestra nave.

—Esperemos que no —replicó Senglar que desde que iniciaran la misión mantenía el ceño fruncido.

Los tripulantes habían preguntado a Senglar por el destino y éste les había respondido con franqueza.

—Lo ignoro aún.

El general McArmy fue informado cumplidamente cada ocho horas, tal como exigiera, y nada parecía alterar la marcha del viaje.

Los pasajeros anónimos seguían escondidos dentro de sus trajes de protección Cinco o encerrados en sus camarotes.

Incluso, cuando pasaban por el gimnasio o el comedor, no se les podía ver, ya que las telecámaras automáticas de control habíansidomanipuladasdetalformaquenadapodíancaptar.

Había quedado patente que los servicios de vigilancia delos pasajeros conocían muy bien la Tralla 29-1.

Clavó sus ojos en las pupilas glaucas de Nina y le dijo: —¿Porquétantomisterio?¿Esquenosefíandenosotros?

—Yo nada puedo decir. De todos modos, la vigilancia seguirá siendo rigurosa porque así ha sido ordenado. —¿Por quién?

—El general McArmy lleva este asunto personalmente. —Estamos navegando en un canal espacial de alta velocidad.

—Lo ignoraba, yo no conozco la ruta.

Senglar no disimuló su asombro.

—¿Tampoco usted sabe nada?

—Todo no lo sé. Yo no soy una cosmonauta y, por tanto tampoco soy una experta en navegación espacial.

—No hace falta saber de navegación espacial para conocer el destino, vamos, digo yo.

Nina no eludió la mirada del hombre, quien tuvo la impresión de poder bucear en el fondo de los ojos femeninos. —¿Me creerá si le digo que ignoro cuál es el destino? —La creo, Nina; sin embargo, usted conoce datos de esta misión que yo ignoro.

—Es posible, pero se confía en mi discreción y en midisciplina.

—De acuerdo, de acuerdo, lo malo es que la tripulación está nerviosa. Suelo hablarles en ruta, comentamos los sucesos, opinamos sobre el rumbo y el objetivo, en una palabra, nos llevamos amigablemente.

—Esta misión es distinta, ultrasecreta.

—Supongo que si fueran científicos los que viajan en la nave no se ocultarían cómo lo hacen.

—Puede.

—Claro que, también existe la posibilidad de que se trate de una misión especial para pactar con el gran enemigo de la Confederación que es Alexander y sus Blau...

—Puede.

—Eso significaría que nos hallamos ante un inminente riesgo deinvasiónporparte de las milicias de Alexander...

—Puede.

—Sigue tan lacónica, ¿eh?

—Puede.

—Mi robot habla más.

—Puede —tornó a responder Nina, sonriendo ligeramente.

De súbito, toda la cosmonave sufrió una violenta sacudida.

Múltiples objetos se desplazaron de su lugar. Los tableros de control chisporrotearon, los extintores automáticos contra incendios actuaron abortando brotes de fuego mientras rumores, ruidos y estrépitos se entremezclaban provocando la alerta general.

Una chicharra comenzó a sonar por toda la cosmonave mientras Senglar y Nina caían abrazados, rodando por el suelo.

Fue como un cataclismo, como si la cosmonave acabara de meterse en una nube cósmica compuesta por meteoritos de diez toneladas cada uno. La cosmonave estaba diseñada y construida para resistir radiaciones y colisiones aunque éstas ultimas, como era lógico, hasta cierto límite.

La Tralla 29-1 gruñó y aulló como si fuera un ser vivo.

Cuando todo volvió a quedar calmado, aunque seguía habiendo chisporroteo por cortocircuitos y gruñían grandes paneles de metal, incluido el fuselaje a causa de los daños recibidos, Nina preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo ignoro —respondió Senglar levantándose rápidamente, aunque continuar abrazado a Nina era un auténtico placer. —Debemos haber chocado con algún meteorito. —¿La nave no tiene ultrarradares automáticos? —Sí, pero en el espacio siempre puede surgir la sorpresa. Nina corrió detrás de Senglar. Al llegar a la sala de control pudo ver que allí también habían tenido problemas. Sábatoestabaenelsuelo,conunaheridaenlacabeza. Fuentes se había recuperado y otros dos tripulantes trataban de revisar los daños causados en el puesto de mando. Después de levantar a Sábato del suelo y comprobar que estaba vivo, Senglar preguntó en voz alta: —¿Qué ha sido esto?

—Lo más probable es que fuera una mina espacial —respondió Fuentes.

—¿Una mina espacial? —repitió Nina perpleja. —Sí, las hay en los canales de navegación. —¿Alexander y los Blau?

—Sí, ellos tienen planos espaciales de nuestras rutas y sabemos por experiencia que han colocado minas para destruir nuestras cosmonaves en ruta.

—¿Y no se puede hacer nada contra ellas? —preguntó Nina mientras Sábato se ponía en pie, sujetándose la cabeza herida de la que manaba algo de sangre.

—A baja velocidad se puede detectar, pero a alta velocidad, no.

Se acomodó en la butaca de mando y comenzó a pulsar su teclado. Después, abrió la megafonía central.

—Atención, atención, aquí sala de mando. Sección de mantenimiento y reparaciones, listos para operar. Repórterde daños...

Pidió al ordenador central datos de los daños recibidos y éste, captando a través de sus millares de sensores, fue dando datos por escrito, entre los cuales destacó especialmenteuno:

PERFORACIÓN DEL CASCO DE LA NAVE EN LASALA DE ALMACENAMIENTO DE COMBUSTIBLE. HA QUEDADO DESPRESURIZADA. LAS COMPUERTAS INTERIORES HAN QUEDADO CERRADAS, ESTANCADAS.

El ordenador continuó proporcionando datos sobre los daños recibidos.

Senglar dirigió el servicio de reparaciones y mantenimiento hacia el lugar más apropiado para comenzar a trabajar.

Nina observaba en silencio y luego abrió el botiquín de urgencias para practicar las primeras curas.

El general McArmy, acompañado de varios de los hombres ocultos dentro de sus trajes de protección Cinco, llegaron a la sala de control.

—¿Qué ha sido?

—Suponemos que una mina espacial.

—¿Cómo no la han podido detectar a tiempo?

—General, a la alta velocidad que viaja esta nave, tal como usted

exigió, no se pueden detectar las minas espaciales. Usted sabe cómo son y cómo operan, son trampas flotando en el espacio a la espera de su presa y hemos tenido suerte de no haber sufrido mayores daños. Además, usted me ha dado la ruta exacta a seguir y la velocidad. ¿Qué podíamos hacer nosotros? Nos jugábamos la vida, porque usted se niega a decir claramente cuál es nuestro destino.

—Comandante Senglar, debe limitarse a obedecer.

—Mientras estemos en ruta, general McArmy, el jefe a bordo soy yo. Cuando termine, haga lo que prefiera, me importa muy poco, si es que regresamos vivos.

—Tengo mis motivos para que esta misión sea secreta.

—General, si usted conoce el destino también tengo derecho a conocerlo yo, ya que dirijo esta cosmonave.

Uno de los personajes que permanecían ocultos dentro de sus trajes de protección se quedó encarado con el general McArmy y éste dijo entonces:

—Basta, hablaremos de este asunto en otro momento. Ahora dígame cuáles han sido los daños.

—Tenemos por lo menos diez períodos de veinticuatro horas para reparaciones.

—Eso no es problema grave.

—Despacio, general, eso no es todo.

El personaje oculto volvió a mirar al general como interrogante mientras los otros personajes desconocidos permanecían vigilantes.

—¿Qué más hay?

—Tenemos una avería grave en la sala-almacén de combustible.

—¿Y?

—Efectuaremos una inspección minuciosa, pero es muy posible que tengamos que acercarnos a algún lugar habitado y pedir ayuda.

—No es posible.

—Aún no puedo decirlo tajantemente, pero es muy posible que ésa sea

la decisión a tomar. Desconocemos de cuánto combustible disponemos y usted no me ha dado la información que preciso para hacer el cálculo de combustible que vamos a necesitar para llegar a nuestro destino y regresar luego. Además, creo que la brecha que tenemos en el cascoes grave.

—Está bien, haga un repórter de todos los daños y páseme el informe. Decidiremos en consecuencia.

—Dentro de una hora tendré datos concretos. Esperemos que este tropiezo no sea el final del viaje.

—Imposible —objetó el general McArmy—. Hay que seguir adelante.

—¿Al precio que sea? —preguntó Senglar mirando fijamente al general McArmy, casi como un desafío.

—Sí, al precio que sea.

—¿Tanimportanteesllegaraesemisteriosodestino?

—No voy a mentirle, sí es muy importante. Deseo que latripulación no haya sufrido daños personales. Por poco que pueda, no reduzca velocidad. Siga informándome hasta que tenga el repórter con los datos precisos y sobre ellos resolveremos.

—Lo que usted ordene, general.

Nina miró preocupada a los dos hombres. Había un claro enfrentamiento entre ellos, cada uno defendía su parcela de mando y ambos eran conscientes de su propia responsabilidad, pero ella debía ser disciplinada y mantenerse callada.

—Atención, aquí Senglar. Normas de máxima seguridad Orden primera, reparaciones control automático…

Fue dando órdenes que estaba seguro los hombres de la Tralla 29-1 iban a cumplir disciplinadamente.

CAPITULO III

El vigilante controló la identificación de Senglar y le franqueó la entrada a la sala dieciocho, distinta a la que fuera recibido en la ocasión anterior.

En la sala dieciocho habían instalado una especie de cuartel general.

Habían colocado allí unos paneles de ordenador con sus armarios repletos de casetes y tenían una docena de pantallas entre las que destacaba una de setenta pulgadas.

Habían montado también un pequeño pero sofisticadísimo centro de telecomunicaciones. Senglar lo examinó todo entre preocupado y sorprendido.

—Esto parece una copia de mi sala de control.

El general McArmy se le acercó con actitud conciliadora.

—No se preocupe, comandante Senglar. Es un centro decontrol, efectivamente, pero mucho más pequeño y menosimportante que su sala de control central de la cosmonave.Sólo utilizamos esta sala de control para nuestros propiosservicios que no han de interferir con los que usted controla.

—Ignorabaque se habían traído este equipoa bordo

—confesó Senglar.

—Bien, acérquese —pidió el general McArmy.

En un rincón de la sala estaba uno de aquellos incógnitos personajes que se ocultaba dentro de su traje de protecciónCinco y junto a él se hallaba Nina que era quien atendía a las necesidades de los viajeros.

—Estamos llegando al planeta Shadow.

—Tengo noticias de que pasaremos cerca de él, a cinco millones de uni-space.

—Debo decirles que he desviado el rumbo y nos dirigimos al mismísimo planeta Shadow —puntualizó Senglar—. Cuando nos estemos aproximando, deceleraremos y nos colocaremos en la órbita

del planeta.

—¿Quién le ha dado autorización para el cambio de rumbo? —bramó el general.

—General, para evitar la destrucción de mi cosmonave puedo tomar las decisiones que juzgue oportunas. Soy el comandante y la nave está bajo mi responsabilidad.

—De acuerdo —suspiró el general McArmy—. ¿Tan graves son los daños?

—Hay darlos en el casco, en su estructura exterior. Será mejor comenzar las reparaciones a baja velocidad y en un lugar seguro donde los técnicos de reparaciones no puedan perderse en el espacio por culpa de algún accidente; pero, siendo eso grave, no es todo. Hemos perdido varios containers de combustible.

—¿Cuánto tiempo estaremos orbitando el planeta Shadow? —preguntó el general.

—Todo depende de los suministros que nos puedan proporcionar. En Shadow existe una colonia terrícola, tenemos unembajadorymuchasposibilidadesdeaprovisionarnos.

—Es importante que nadie haga demasiadas preguntas sobre esta cosmonave.

—Mantendremos una vigilancia estricta; no obstante, no creo que sea conveniente seguir sus órdenes respecto a no mantener ninguna telecomunicación. Si orbitamos el planeta Shadow, nos veremos obligados a mantener telecomunicaciones con los servicios de control de este planeta y hasta esposible que algunas embajadas nos hagan llamadas o preguntas.

—Es cierto —admitió Nina, interviniendo por primera vez.

—Mantener un silencio total pese a que seamos detectadosinfundiría sospechas —prosiguió Senglar—. Si hay que mantener el secreto de la misión, lo mejor es dar naturalidad a lasituación.

—Hemos de tomar medidas de precaución —insistió el general McArmy mirando al hombre que permanecía oculto bajo el yelmo del traje de protección.

Senglar vio entonces como aquel hombre levantaba sus manos y se

quitaba el yelmo, liberando así su rostro. Pudo verlo por primera vez.

—Presidente Foll…

Senglar lo identificó de inmediato. Aquel hombre no era otro que el presidente de la Confederación Terrícola, el hombre más importante del planeta Tierra, un hombre elegido por su sabiduría, por su sentido y amor a la justicia democrática entre los pueblos que componían la gran Confederación que nacía en el planeta Tierra pero que se extendía por todas las colonias esparcidas, por el universo.

—Comandante Senglar —habló el presidente con su voz grave, pausada—. La noticia de mi estancia a bordo de esta cosmonave de la cual es usted comandante, no debe trascender en absoluto. Tenga en cuenta que a bordo no sólo estoy yo, sino también otros personajes importantísimos del gobierno. Usted no ignora que las escuchas de Alexander y sus Blau están muy atentas. Si supieran que estoy aquí con mis ministros, nos atacarían de inmediato con sus milicias espaciales para destruirnos. Comprenderá que nos jugamos mucho.

—¿y por qué no se pidió una escolta miliciana? —preguntó Nina.

—Eso hubiera sido tanto como vocear a través de los espacios interestelares que alguien importante viajaba en estacosmonave, y si no alguien, sí un cargamento valioso. Decidimos optar por pasar desapercibidos. Es cierto que ésta es una gran cosmonave de extraordinaria fiabilidad y que Alexander y sus Blaus, si la descubren, tratarán de destruirla, pero es un riesgo que debemos correr. Mucho peor era que ellos supieran que los dirigentes de la Confederación viajábamos en la cosmonave, en ese caso nos perseguirían hasta la total destrucción.

—Presidente, ¿puedo conocer cuál será el destino?

—Nuestro destino es el planeta Krono.

—Krono es el planeta maldito —observó Senglar—. ¿Puedo conocer el motivo del viaje a Krono?

—Comandante Senglar —habló el presidente Foll—, sabrá la motivación, pero todavía no. Es necesario que lleguemos a Krono y sin pérdidas de tiempo, es muy importante.

—Presidente Foll, llegaremos a Krono, lo que no podremos evitar es pasarnos unos períodos orbitando el planeta Shadow. Si no reparamos la cosmonave y reponemos los containers del combustible perdido, no

tendríamos posibilidades óptimas de proseguir viaje y mucho menos de poder regresar.

—Lo comprendemos, comandante, pero tome las máximas precauciones. Nadie en el planeta Shadow debe saber que estoy aquí ni cuál es nuestro destino. Tampoco ha de salir información al respecto por los canales de telecomunicación. Si Alexander y sus milicianos Blau captaran que yo y los secretarios más importantes de mi gabinete de gobierno estamos en esta cosmonave, nos atacarían para destruirnos. Alexander jamás cesará en su idea de invadir el planeta Tierra y sus colonias para someternos a todos bajo su bota miliciana y convertirnos en esclavos y la casta dominante serían los Blau y Alexander sobre todos.

El general McArmy observó entonces:

—Y es como si Alexander fuera un ser inmortal. Dicen que ha vencido hasta a la mismísima muerte.

—Habrá vencido a la muerte, pero no al gobierno democrático de la Confederación Terrícola —puntualizó el presidente Foll.

—Nadie sabrá nada. Repararemos la cosmonave en el planeta Shadow, nos aprovisionaremos del combustible que hemos perdido por culpa de la explosión de la mina espacial y proseguiremos viaje hacia el planeta Krono. Daré órdenes a la tripulación para que extreme su vigilancia y tenga las armas listas para rechazar cualquier ataque. Nadie nos impedirá llegar a Krono.

—Eso esperamos todos,comandante Senglar, confiamosen usted.

Senglar hizo una leve inclinación de cabeza al presidente de la Confederación Terrícola al que veía personalmente por primera vez en su vida, ya que sólo lo había visto a través de las pantallas.

Sentía ahora el peso de la enorme responsabilidad, máxime teniendo la cosmonave seriamente averiada.

Sabía que tenía muchas posibilidades de que multitud de problemas llovieran sobre él al tratar de aprovisionarse en el planeta Shadow, un planeta donde la ley eran la fuerza y el dinero o sus equivalentes.

CAPITULO IV

—¿Quién va a bajar al planeta Shadow? —preguntó e] general McArmy.

—Yo en persona —respondió Senglar.

—¿No sería mejor que usted se quedara a bordo?

—Si lo dice por el control de la cosmonave, confío plenamente en mi tripulación, general. Además, mis mejores hombres van a estar muy ocupados en las reparaciones. Hay averías electrónicas muy complicadas y también hay problemas en el casco exterior. Tendrán que sacar al exterior planchas metálicas y soldarlas al casco, tapando así los agujeros. Es una labor trabajosa y difícil.

—¿Quién le acompañará?

—Jano.

—¿El negro?

—Sí, es un hombre muy efectivo. También me llevaré1 al androide JR.

—¿Ese androide está perfectamente programado?

—¿Se refiere a si es fiable?

—Sí.

—Lo seleccioné yo mismo y lo he programado personalmente. Es totalmente fiable.

—Mejor, no hay que descuidar un solo detalle; no obstante, le va a acompañar alguien más.

—¿Ah, sí, quién?

—Nina..

—¿Por qué Nina?

—Es nuestra jefe de servicios.

—¿Tiene que aprovisionarse de algo?

—Es posible.

—¿EsforzosoquenosacompañealplanetaShadow?

—Sí.

—Está bien, pero díganle que vaya armada. En Shadow no se sabe nunca lo que puede ocurrir.

—Nina sabe cuidarse sola y, no se preocupe, irá armada. Y mientras se efectúen las reparaciones, que la vigilancia en torno a la cosmonave sea máxima, no vayamos a recibir la visita de alguna cosmonave pirata.

—No se atreverán. Cualquier pirata del espacio sabe que una cosmonave como la Tralla 29-1 está bien dotada de armamento. No es una cosmonave para turistas y tampoco un carguero.

El transbordador Llamp no era tan grande como el que utilizaran los pasajeros que llevaban a bordo, pero tenía gran maniobrabilidad y otras prestaciones superiores que lo hacían muy interesante.

—¿Todo a bordo, Jano?

—Sí, comandante. He traído los brillantes venusinos, ya sabe- que en Shadow no se fían de los créditos y quieren cobrar al contado, con brillantes venusinos, lingotes de metales ultra-especiales, proteínas cárnicas puras desecadas o... mujeres.

Al decir aquello, el negro Jano miró significativamente a la bellísima Nina que viajaba con ellos al planeta Shadow.

—Para mí, pensar que una mujer pueda ser objeto de cambio es lisa y llanamente troglodítico —manifestó Nina.

Senglar le puntualizó:

—De todos modos, es mejor que no se separe de nosotros mientras permanezcamos en el planeta Shadow. Una mujer terrícola y además joven y hermosa, tiene un valor muy alto.

Hay poquísimas mujeres terrícolas y no sólo son los hombres terrícolas quienes la desean, también son codiciadas por los entes de otras civilizaciones como un placer exótico.

—Tendré cuidado de no caer en las afiladas garras de algún alienígena de aspecto monstruoso.

—¿Ya sabe que hay trata de mujeres terrícolas? —le preguntó Jano.

—Vamos, vamos, tratan de asustarme. Seguro que hasta una mujer como yo tiene un precio.

—Entre mil y diez mil brillantes venusinos.

—Sí, mucho. Por diez veces menos, en Shadow se mata —le advirtió Senglar.

Se encendió un piloto verde y a través del altavoz del receptor les llegó la voz de Sábato.

—Listos, vamos a abrir la compuerta.

—Mensaje recibido. Evitaremos las telecomunicaciones a menos que sean imprescindibles. Limitaos a cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

—Actuaremos como robots —respondió Sábato.

—No espero menos de vosotros. Cada misión tiene sus peculiaridades.

—Suerte —les deseó Sábato.

Senglar lanzó una ojeada al androide «JR». Estaba quieto, acomodado en su butaca. Su rostro tenía la inexpresividad de todos los androides.

Senglar sabía que era muy útil en muchas circunstancias. Su pila micronuclear era prácticamente inagotable, se consumía al mismo tiempo que el resto de los mecanismos que componían a aquel ser fabricado por la inteligencia de los entes del planeta Tierra.

Su fuerza era veinte veces superior a la del mismísimo Jano que a su vez era un ente musculoso y hercúleo; sin embargo, por sí mismo, aquel androide no podía hacer nada, es decir, nada que no se hubiera programado con anterioridad en su miniordenador.

La rampa comenzó a inclinarse. La rampa era la compuerta misma del gran hangar que poseía la cosmonave Tralla29-1.

Pudieron ver las miríadas de puntos luminosos que constituían la galaxia en la que se hallaban zambullidos.

Vieron asomarse la estrella Sol de aquel sistema tan lejano del que ellos eran hijos. Vieron la nítida redondez de otros planetas que giraban en distintas órbitas que el planeta Shadow, con sus propias

lunas y su corte de asteroides que amenazaban siempre con impactar, causando grandes cataclismos.

EltransbordadorespacialLlampcomenzóamoverselentamente.

Avanzó hasta salir de la panza de la gran cosmonave y saltó al espacio dejándola atrás. Buscó una entrada tangencial a la atmósfera del planeta Shadow, pero evitando salirrebotados.

—¿Cómo son las constantes de este planeta? —preguntóNina.

—Es uno como cuatro puntos superior al planeta Tierraen gravedad —dijo Jano.

—Vaya, me sentiré más pesada. Esperemos que no haya que hacer muchas caminatas.

—Como compensación tiene —explicó ahora Senglar— una gran riqueza en oxígeno puro. Hay que tener cuidado para no emborracharse.

—¿Y la temperatura? —preguntó Nina.

—Es variable, según el punto del planeta, como es lógico, pero en la metrópoli Cero, la temperatura promedio es de treinta grados.

—Hum, es alta.

—Grados Celsius, claro, y por la noche no baja. La ciudad está junto a un inmenso lago de agua dulce que, por si fuera poco, en su centro tiene un geiser que eleva el agua cien grados Celsius. Sale vapor y caer allí es quedar cocido.

—¿Está el lago sobre el cráter de un volcán? —preguntó Nina.

—Eso parece —le respondió Senglar sin dejar de observar los controles cuando ya estaban zambullidos en la atmósfera del planeta Shadow.

—Pero, eso es una barbaridad. ¿Cómo han podido levantar una metrópoli, precisamente la más importante, a orillas de un volcán vivo?

—Eso, pregúnteselo al que puso la primera piedra, ahora están todos ahí abajo. Es la Babel de la galaxia.

Evidentemente, la metrópoli Cero del planeta Shadow era un caos

total.

Allí no había más ley que la que imponían los grupos armados que llegaban, o los grupos igualmente armados que se habían afincado en el propio planeta.

No obstante, existía una especie de pacto secreto que hacía que los diferentes grupos se respetasen y que ningún grupo miliciano atacase a la población que en su mayor parte era aventurera y procedente de los más lejanos sistemas estelares. Se respetaban para evitar las revanchas que llegaban más tarde o más temprano.

Las grandes cosmonaves no descendían al planeta Shadow y si lo hadan, era en lugares alejados donde se pudiera montar guardia para no recibir el inesperado asalto de los bandidos.

—En Shadow se puede comprar de todo —observó Senglar que parecía conocerlo bien.

—¿De todo? —preguntó Nina.

—De todo menos flores.

—¿Y por qué no flores?

—Porque nadie las cultiva.

—Este planeta sólo tiene algas, flora acuática. No tiene plantas terrestres.

—¿Por qué no? —preguntó Nina.

—Por la composición del suelo que no permite la vida delas plantas. Y no se te ocurra poner tierra en tus labios, morirías.

—¿Y cómo se puede vivir en este planeta?

—Aquí todo lo que se consume se trae de otros planetas. Es un planeta de comercio y bandidaje. Vamos a estacionar la nave en los hangares de King.

—¿Ese King es de fiar?

—Espero que sí —replicó Senglar—. Hasta ahora lo ha sido, aunque nunca he estado seguro de lo que pueda esconder tras su sonrisa. Aquí están los hangares.

Descendieron sobre una plataforma natural de piedra pulimentada con láser.

Cuando hubo tomado contacto con la superficie, Senglar abrió el videotelecomunicador y de inmediato apareció el rostro de un ente que no era terrícola.

Era un ser de cara redonda, sin cabello, ojos muy pequeños completamente circulares y nariz movible que recordaba mucho la trompa de un elefante pero abortada, es decir, no tendría más de cinco centímetros de larga.

La boca también era grande y redonda, una boca que parecía estar riendo continuamente. Pero lo que más destacaba en aquella cabeza eran sus grandísimas orejas que también se movían ligeramente. —Hola, King.

—¡Si es un muriano! —exclamó Nina. —Senglar, qué placer volverte a ver —le dijo King—. Por cierto, ¿he oído una voz femenina terrícola o mis oídos ya no funcionan como sería de desear?

—Querido pirata, tus orejas no funcionan mal. Sí, viene conmigo una mujer.

—Oye, ¿por qué no la enfocas para que la vea? Sólo estoy viendo tu cara de idiota.

—King, indeseable de la galaxia, la mujer viene conmigo. Olvídala, será mejor para todos.

El muriano llamado King se echó a reír sonoramente

—¿Tienes miedo, estúpido terrícola?

—Lo que tengo son los cañones de mi cosmonave apuntando hacia tu hinchado trasero. Una orden mía y te lo chamuscan.

—No serás tan canalla de hacerme una jugada semejante, Acabo de comprarme pantalones nuevos y ya sabes lo que aquí cuesta todo.

—Lo sé, bastardo de la galaxia, y ahora dime en qué hangar meto mi cacharro. Ah, quiero alquilar un aerodeslizador de la serie nueve.

—De la serie nueve, ¿eh? Tú siempre quieres de lo mejor.

—Lo que exijo lo pago.

—De acuerdo, Senglar. Mete tu chatarra en el hangar cinco y si necesitas hacer alguna compra especial, ya me entiendes, yo te lo vendo a mejor precio que ningún otro en Shadow.

—No faltaría más. ¿Cuál ha sido la última cosmonave que has abordado?

El muriano se echó a reír.

—Eres incorregible, Senglar. Nos veremos para tomarnos un ximplet juntos.

—Cómo no, pero espero que no se te suba a la cabeza, orejudo del asteroide sin nombre.

Senglar cortó la comunicación y la pantalla se oscureció.

—Qué forma más grosera de entenderse —opinó la mujer.

—Nina, éste es otro mundo. Sigues el juego o desapareces. Aquí no hay disciplinas ni normas, cada cual hace lo que le viene en gana y si no interesa hay que largarse, no hay modales finos. Cada ente es un personaje singular en sí mismo. King no es ningún estúpido, es un ente muy inteligente al que le gusta bromear.

—Si sabe que llevamos brillantes venusinos a bordo, nos robarán.

—Lo supone, pero también sabe que intentar el robo significaría que este transbordador estallaría automáticamente y desaparecería, no sólo el transbordador, sino también todo el estacionamiento con todas las naves y vehículos que hay aquí. Como comprenderás, el riesgo no le interesa. Por otra parte, mejor habría sido que usted no descendiera a este planeta con nosotros, pero ha sido una orden del general McArmy y tengo que acatarla.

—Procuraré no ser un estorbo.

—Esperemos que no sea un problema grave. Ya ha visto e1 interés que ha mostrado King al oír su voz.

—Pues, cuando le vea… —opinó Jano significativamente.

—¿Qué quiere decir cuando me vea?

—Es usted muy bonita, le recomiendo que se ponga su traje de protección Cinco.

—¿Es una recomendación o una orden? —inquirió Nina aSenglar.

—Haga lo que quiera, pero cuando tenga el combustible y algunas cosillas más que he de encontrar, regresaré a la cosmonave y proseguiré viaje.

Senglar estacionó el transbordador Llamp en el hangar asignado, a salvo de las tormentas de piedras que en aquel planeta se producían de vez en cuando.

Nina optó por no enfundarse en el traje de protección Cinco,que tenía en el transbordador. Vestía una casaca ceñida con escote abierto y en punta hasta el mismísimo vientre y pantis de color oro con botas ajustadas hasta las rodillas, un atuendo que para ella era normal pero que la hacía muy atractiva a las miradas de los hombres.

Ceñía su talle un amplio cinturón en el que había dos bolsillos y una caja de seguridad. También colgaba del mismo una pistola pequeña del tipo polivalente que a distancias no superiores a cien metros resultaba de una efectividad total y Nina sabía usarla.

—¿Llevamos los automonocohetes? —preguntó Jano. —Con el aerodeslizador nueve no creo que nos hagan falta; de todos modos, si hemos de trasladarnos a otro lugar del planeta, vendremos a recogerlos.

Del transbordador pasaron al aerodeslizador nueve, un vehículo diez veces menor de volumen y que les permitía moverse por la metrópoli de Shadow contoda tranquilidad

Senglar estaba seguro de que el muriano King tendría alguna telecámara con control remoto para observarles atenta mente, en especial a Nina, una atractiva terrícola de cabello rubios y ojos glaucos que podía constituir un gran placer para un tipo como él.

No es que pudiera tener hijos con ella, eso era imposible pero podía gozarla lo mismo que en el planeta Tierra, a le largo de miles de años, no había sido del todo rara la unión de una mujer con un gorila u otro primate superior que la hubiera capturado para sí.

Nina también podía representar un gran negocio si se lograba subastar en el «Esplai», gran centro de reunión y diversiones.

Subieron al aerodeslizador y salieron de las propiedades| de King, enfilando por una especie de gran avenida empedrada.

A derecha e izquierda se elevaban chabolas hechas con restos de vehículos, chatarra espacial en su mayor parte. Las había que eran naves completas ya abolladas por tormentas de piedras, naves que jamás volverían a remontarse.

En aquel suburbio se guarecían entes de las más distintas etnias y sistemas estelares. Nadie les controlaba y no era raro que allí llegaran, vivieran y murieran seres de los cuales nadie sabría jamás nada.

La avenida bordeó el lago en cuyo centro, muy lejano, emergía una columna de vapor de casi un kilómetro de altura. Era un vapor de color rojizo que llamaba la atención, contrastando con el cielo azul.

El resto de la superficie del lago caldeado era azul intenso, un azul casi negro en muchos puntos debido a la gran profundidad de sus aguas.

Aparecieron las primeras edificaciones sólidas. Eran edificaciones no muy altas, todas ellas cónicas o piramidales, ideadas para resistir la lluvia de piedras.

—¿Adonde nos dirigimos ahora? —preguntó Nina.

—A la residencia de nuestro embajador.

La residencia de la embajada terrícola se hallaba en un cabo rocoso que se adentraba en el lago. Una pista conducía a una puerta que parecía simbólica, pero que no era tal, sino que era efectiva.

Jano preguntó:

—¿Es cierto que ni una mosca puede cruzar las redes de rayos que conforman el muro invisible que rodea la embajada?

—Exacto, Jano. No se ve el muro, pero es peor que si seviera.

LlegaronfrentealaentradaySenglarabrióeltelecomunicador.

—SoyelcomandanteSenglar.Solicitopermisoparaentrar.

—Identifíquese —ordenó una voz que nadie supo de dónde salía.

Senglar sacó su planta identificativa y la introdujo en una cajita con ranura que el propio aerodeslizador tenía en su salpicadero y que estaba unida a la red de telecomunicación.

—Perfecto, comandante Senglar. ¿Quién más viaja con usted?

—Jano, un tripulante de mi cosmonave. Nina, jefe de servicios y un androide JR.

—Se le hace a usted responsable de todos —advirtió una voz, tan monótona e impersonal que parecía salida de la bocina parlante de un ordenador.

Aparecieron unas luces verdes en el suelo y Senglar hizo avanzar el aerodeslizador hacia la edificación.

Antes de que llegaran a ella, quedó al descubierto un rampa descendente por la que penetraron en las entrañas de| la embajada terrícola en el planeta Shadow.

Había luces por todas partes y una vasta área de estacionamiento donde habíavarias docenas de aerodeslizadores

Uno de ellos, a bordo del cual iban seis terrícolas uniformados y perfectamente armados, se les acercó. Al ver a Senglar, saludaron militarmente.

—Comandante Senglar, el androide JR deberá permanecer en el vehículo —le hizo observar el sargento de la patrulla de vigilancia.

—Perfectamente —aceptó Senglar.

Los recién llegados siguieron a dos hombres de la milicia terrícola que les condujeron a un elevador. Pese a estar debidamente identificados, en ningún momento abandonaban la guardia.

Al fin, llegaron al despacho del embajador que poseía una cadena de ventanas en panorámica de trescientos sesenta grados.

—Bien venidos al planeta Shadow.

CAPITULO V

El embajador Clemans era un individuo alto, delgado, elegante, muy bien rasurado y con el cabello lacio perfectamente peinado.

Gustaba de lucir sus distintivos de embajador y llevaba impresas en su casaca las medallas recibidas a lo largo de su carrera diplomática. Sin sus condecoraciones no parecía sentirse a gusto, era casi como si andará desnudo.

—¿Han venido a traerme los suministros?

Jano y Nina miraron interrogantes a Senglar. Este también quedó sorprendido por aquella pregunta que no esperaba en absoluto.

—No hemos venido a traer provisiones, embajador, sino a buscarlas.

—¿Cómo? No entiendo... Hace algún tiempo pedí una lista de suministros que nos son indispensables para la supervivencia de esta embajada.

—Ignoro cuáles son sus problemas, embajador, y no dudo de que sean importantes, pero lo que nos interesa a nosotros es aprovisionarnos de combustible, diez containers de zirconita HP licuada, del tipo cartucho no recuperable.

—¿Que sólo han venido a aprovisionarse de combustible?

—Exactamente, embajador. Hemos tenido un tropiezo con unos meteoritos —explicó Senglar, que tenía orden de no mencionar que los deterioros habían sido causados por unamina espacial de las que Alexander y sus milicianos Blau habían ido desperdigando por el espacio a la espera de poder destruir cosmonaves terrícolas.

El embajador, evidentemente molesto, les dio la espalda para mirar a la ciudad a través de las amplias ventanas.

—¿Decía que hantenidouna colisiónconmeteoritos?

—Así es.

—¿Son autosuficientes para reparar la cosmonave?

—Sí, pero hemos perdido unos cuantos containers de combustible que

debemos reponer para poder proseguir viaje. Por supuesto, también hemos de reponer algunas cosas más, pero ya no son tan importantes.

—Hum, combustible en cartuchos no recuperables, zirconita HP, eso no es fácil de encontrar. Por cierto, ¿cuál es su misión?

—Pioner prioridad Uno.

—Prioridad Uno, ¿eh? Hum, ¿cuál es el destino?

—No tengo autorización para revelarlo, embajador.

—Conque Pioner prioridad Uno y a mí no me traen los suministros que me son necesarios. ¿Sabe usted que aquí en Shadow los precios son elevadísimos?

—Lo suponemos.

El embajador dio un puñetazo sobre la mesa.

—Si no recibimos los suministros, nuestra posición aquí será insostenible al nivel que la Confederación desea. Estamos muy lejos de nuestra madre la Tierra, somos los olvidados.

—No lo creo, embajador.

—Este planeta sólo genera problemas, uno detrás de otro. Yo hubiera deseado que me enviaran al planeta Xwang, he hecho méritos a lo largo de toda mi vida para que me mandaran a ese planeta tan culto y civilizado, pero no, mi destino es Shadow, el planeta frontera. Como éste hay un montón de planetas donde no había vida propia y hemos instalado colonias todos los que hemos ido llegando. Esto es unababel de bárbaros del espacio, aquí no se respeta más que el dinero y las armas. ¿Qué hago yo aquí?

—No lo sé, embajador, pero a mí me son necesarios por lo menos diez containers de combustible zirconita HP en cartuchos no recuperables.

—Claro, ustedes van a lo suyo y yo tengo que hacerme fuerte en esta embajada que debe estar protegida todo el tiempo contra los posibles asaltantes.

—Embajador, haré saber su problema a la superioridad, es más, si me entrega un mensaje grabado estoy seguro de que lo podré hacer llegar a lo más alto de nuestro gobierno.

—¿Ah, sí, y cuándo sucederá tal hecho? ¿Cuando regrese de su misión

Pioner prioridad Uno? —se rió levemente con un sarcasmo acentuado —. Quizás eso no suceda nunca. Usted sabe muy bien que no son pocas las cosmonaves en misión Pioner que jamás regresan. —Fue hacia su butaca y entre resignado y displicente prosiguió—: De todos modos, yo no poseo ese combustible aquí.

—¿No dispone de esos cartuchos en los almacenes de la embajada?

—No. Poseemos combustible, pilas atómicas, etcétera, pero son indispensables para la supervivencia de la embajada.

—Usted puede que no los tenga, pero aquí en el planeta los hay, embajador.

—Sí, pero tendrán que pagarlos y yo no puedo proporcionarles el dinero o metales ultraespeciales que piden.

—Pagaremos en brillantes venusinos —advirtió Nina.

Apareció una sonrisa más complaciente en el rostro del embajador.

—De modo que tiene brillantes venusinos para pagar...

—Sí, los tenemos —admitió el propio Senglar.

—En ese caso, puedo hacer las gestiones, hay varios posibles vendedores. No es que sea seguro, los precios son cambiantes y también ignoro si otras cosmonaves se han llevado los combustibles almacenados.

—Proporcióneme nombres y yo negociaré el precio.

—No es necesario que usted se moleste, comandante Senglar, ese trabajo puedo hacerlo yo. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

Nina y Jano volvieron a mirar interrogante a Senglar, quien tenía que decidir en la difícil situación. Se advertía en el embajador un claro deseo de intervenir, sin duda para quedarse alguna suculenta comisión que iría a parar a sus bolsillos particulares. El soborno en el planeta Shadow y las intervenciones furiosamente interesadas eran tan normales como la muerte misma.

—Puedo pagar mil por container.

—Mil es poco —replicó el embajador Clemans.

—No puedo pagar más, a menos que usted, como embajador, salga

fiador.

—Aquí nadie se fía de los fiadores. Parece un chiste pero es la realidad.

—No puedo pagar más de mil. Dígame dónde puedo hallar a los proveedores y yo negociaré.

—Hombre, no tengo tanta prisa. Deje que haga los con tactos primero y ya le diré algo.

—Es prioridad uno, embajador, no lo olvide.

—Sí, claro. Mientras hago los contactos, pueden ir a dar una vuelta por la metrópoli. Un lugar como éste resulta muy turístico, aunque como es lógico hay que ir prevenido contra los asaltos que son muy frecuentes.

—Embajador, dentro de dos horas estaremos en el «Es-plai». Si no tiene noticias, buscaré el combustible por mis propios medios.

—Un hombre tan decidido como usted, comandante Senglar, no dudo que llegaría a encontrarlo y no me extrañaría que incluso empleara las armas para conseguirlo. De todos modos, dentro de dos horas les veré en el «Esplai», es un buen sitio para citas.

—Allí nos encontraremos, embajador —le dijo Senglar, dando por concluida la visita.

Cuando ya estaban fuera del recinto de la embajada, controlada por el muro invisible, pero efectivísimo de radiaciones letales que impedían el asalto a la embajada, Nina observó:

—Ese embajador no es de fiar. —En absoluto, pero puede sernos útil. —¿Deverdadsólotienemilbrillantesvenusinospor container?

—Tenemos más, mucho más, pero si llego a decirlo, ese buitre se los hubiera engullido todos. Llora y gime pidiendo más y más, pero no me extrañaría que estuviera amasando su fortuna particular.

—¿Y por qué el gobierno de la Confederación no lo expulsa? —preguntó Nina.

—No siempre hay pruebas contundentes para la expulsión. De todos modos, si lo han enviado a este lugar como embajador es que no se le tiene en mucha estima. Esto es una especie de destierro diplomático.

Jano preguntó:

—¿Conoces a tipos que vendan el combustible? —Llegué a conocer a uno, pero ya ha desaparecido. Los seres que vienen a dar con sus huesos a este planeta frontera son. muy cambiantes. Esperaba más ayuda del embajador. Si hubiera conocido su postura de antemano, habría buscado por mi propia cuenta. De todos modos, no tenemos prisa. Arriba están reparando la Tralla 29-1, y eso nos da tiempo para buscar el combustible. Por cierto, Nina, ¿dónde ha de comprar?

—En un *shop-center.*

—Anexo al complejo de ocio «Esplai» existe un *shop-center* muy bien surtido.

—Pues entraré en él, no es mucho lo que he de comprar. Senglar pilotaba el aerodeslizador y por su forma de moverse dentro de aquella metrópoli sin orden, donde los viales habían brotado por génesis espontánea, pues no era raro veraparecer una edificación en medio de lo que podía considerarse una gran avenida, cortándola en dos y obligando a los vehículos a rodear la edificación sin que de nada valieran las protestas, aunque tampoco eran raras las que habían sido voladas por algún ser, harto ya de considerarlas un estorbo.

El complejo de multiocio «Esplai» era inmenso junto al lago.

Poseía las mejores playas de arena dorada y limpia y allí se bañaban entes de todos los sistemas estelares.

Para guardar el orden, la dirección del propio «Esplai» poseía un cuerpo de guardia armada que disparaba a matar cuando surgían problemas que había que solventar de inmediato.

—Te acompañaremos al centro para comprar.

—No es necesario —respondió Nina.

Senglar insistió.

—Para una terrícola es peligroso ir sola por aquí.

—Puede acompañarme el androide.

Jano opinó:

—JR no es mal bicho, puede protegerla bien si se le dan las órdenes oportunas.

—De acuerdo. Nosotros estaremos en «Psicodelium», veré si encuentro algunos contactos. Es posible que obtenga el combustible.

—De todos modos, ya he visto que hay vigilancia —señaló Nina.

Dejaron el aerodeslizador en el estacionamiento y acompañaron a la joven hasta la entrada del *shop-center*.

Senglar grabó la orden de proteger a Nina en el ordenador del androide JR que se fue tras ella.

—No me gusta que vaya sola por aquí —gruñó Senglar—. Conozco este planeta frontera y sé que es peligroso. Pero —suspiró— no tengo ningún poder sobre ella.

—No creo que le ocurra nada y menos llevando al androide. Además, parece que este lugar es el más protegido de esta metrópoli por gente armada.

—Sí, sé que los accionistas de «Esplai» no quieren problemas aquí dentro. Su objetivo es que llegue gente a gastar lo notengan,perosontajantesconelroboyelcrimen.

—¿Y ellos no matan para quedarse con los valores de los clientes?

—Es posible que lo hagan fuera de aquí, pero dentro del recinto, que yo sepa, no.

Subieron a una calle deslizante que los condujo al «Psicodelium», que consistía en un gigantesco edificio cónico pintado en negro mate todo su interior y que tenía varias plataformas a distintas alturas.

A cada una de ellas se accedía a través de la columna cilíndrica y hueca que sostenía la propia plataforma. Las luces psicodélicas brotaban de todas partes y ninguna en concreto.

La música de las distintas plataformas circulares quedaba aislada de las otras gracias a paneles acústicos invisibles y cada una de aquellas superficies era un espectáculo en sí misma.

En la plataforma cuatro se encontraron con el muriano King que les sonrió ampliamente.

—Hola, estúpido terrícola. ¿Vienes a divertirte?

—Lo mismo que tú, imbécil de la galaxia.

—Y a tu compañero, ¿qué le pasa? ¿Lo habéis pintado para disimular vuestra fealdad?

Jano cerró los puños, pero Senglar le contuvo el brazo. Sabía muy bien que golpear a King podía significar la muerte. King, el muriano, tenía guardaespaldas siempre estratégicamente apostados.

—Tengo que comprar unas bobinas Hoffmann AM.

—¿Para telecomunicaciones control remoto?

—Sí.

—Conozco a quien puede proporcionártelas.

—Si es a precios asequibles, de acuerdo —le respondió Senglar—. Si son caras, las pediré a mi embajada.

—Bah —King hizo un gesto despectivo—, tenéis un embajador que es el peor de los ladrones.

—No me digas.

—Sí, compra, vende, pero sé que es un ladrón. Ahora anda buscando unos containers de zirconita HP.

Senglar rezongó:

—Esa será una noticia muy fresca.

King señaló su polivalente de pulsera y silabeó:

—Yomeenterodetodoalsegundo,terrícolaidiota.

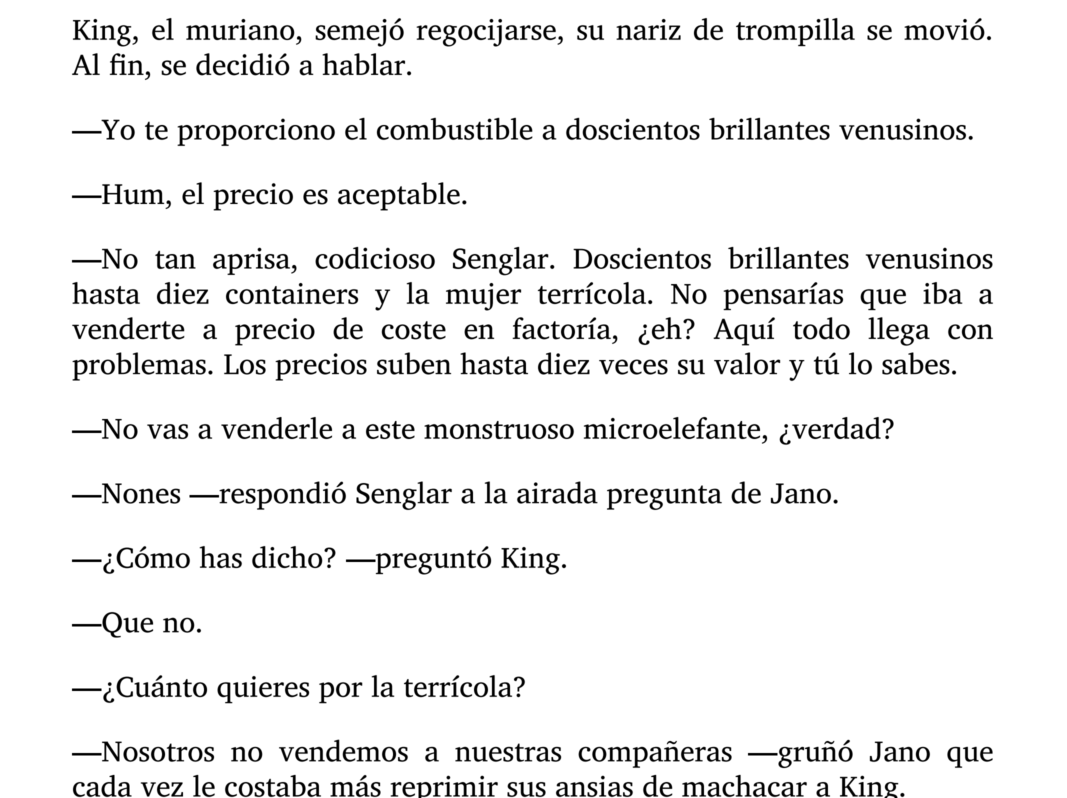
—¿Tiene intervenidas las telecomunicaciones de la embajada terrícola?

—No te voy a decir nada, tengo mis propios sistemas de información y son secretos.

—¿Sobornas al personal de la embajada?

—No insistas, prófugo de los infiernos terrícolas.

—Está bien, muriano paranoico. ¿Cuento crees que me van a cobrar por cada container de combustible?



King, el muriano, semejó regocijarse, su nariz de trompilla se movió. Al fin, se decidió a hablar.

—Yo te proporciono el combustible a doscientos brillantes venusinos.

—Hum, el precio es aceptable.

—No tan aprisa, codicioso Senglar. Doscientos brillantes venusinos hasta diez containers y la mujer terrícola. No pensarías que iba a venderte a precio de coste en factoría, ¿eh? Aquí todo llega con problemas. Los precios suben hasta diez veces su valor y tú lo sabes.

—No vas a venderle a este monstruoso microelefante, ¿verdad?

—Nones —respondió Senglar a la airada pregunta de Jano.

—¿Cómo has dicho? —preguntó King.

—Que no.

—¿Cuánto quieres por la terrícola?

—Nosotros no vendemos a nuestras compañeras —gruñó Jano que cada vez le costaba más reprimir sus ansias de machacar a King.

—Bah, los terrícolas tenéis un largo historial de proxenetismo, conozco vuestra historia, no soy un inculto como vosotros. Os pagaré bien por la mujer y gracias a mí encontraréis el combustible que os hace falta. Es un buen negocio para vosotros.

—No insistas, King.

—Vámonos, Senglar —propuso Jano.

—Nos os marchéis, todavía podemos llegar a entendernos —les dijo el muriano que ventilaba su cabeza con sus grandes orejas.

Senglar advirtió:

—Si vuelves a hablar de nuestra compañera, nos vamos.

Jano gruñó:

—Este proboscidio no será capaz de pensar en otra cosa.

—Confieso que la terrícola me interesa, yo sé valorar la belleza de vuestras mujeres, pero dejemos ese tema puesto que os molesta.

—¿Qué posibilidades tenemos de comprar ese combustible pero pagando en brillantes venusinos?

—Las posibilidades dependen de lo que paguéis.

—Hasta novecientos por container.

—Eso es poco —replicó King despacio, muy seguro de sí—. He oído que puedes pagar más.

CAPITULO VI

Nina estaba comprando en la sección, de fármacos del *shop-center*.

Pudo observar por sí misma que todo era muy caro y ella llevaba consigo poco efectivo.

El androide JR iba detrás, vigilándola muy de cerca; sin embargo, alguien se hallaba agazapado al otro lado de una montaña de barriles que contenían pienso granulado proteínico para el alimento de los seres que pudieran digerirlo.

El rayo multimagnético brotó silencioso, envolviendo al androide que mientras se paralizaba tuvo tiempo de llamar:

—¡Nina, Nina, peligro!

La joven se volvió, descubriendo al androide que acababa de quedarse quieto como una estatua pero sin caer, ya que estaba contrapesado adecuadamente.

—¿Qué pasa?

Nina se vio sorprendida por dos pequeños murianos que consiguieron saltar hasta sus costados apuntándole con sus armas. Uno de ellos, hablando en la lengua de la Confederación Terrícola pero con un pésimo acento y no menos mala pronunciación, le dijo:

—Si gritas o no obedeces, te desintegraremos, terrícola.

—¿Qué es esto?

Nina se sintió sola, sin protección e imposibilitada de reaccionar ante aquel sorpresivo e inesperado ataque.

—¿Qué queréis?

—Camina siguiendo a mi compañero —le ordenó el muriano.

Casi de inmediato dio órdenes a su compañero en una lengua que Nina no comprendió en absoluto; le sonó a algo gorgorizante y totalmente ininteligible.

—Yo iré detrás de ti, terrícola. Si desobedeces, te desintegraremos.

Comprendió que estaba secuestrada y que nada podría hacer para escapar. Por otra parte, ignoraba cuáles eran los propósitos de aquellos seres.

Buscó con la mirada a algún vigilante armado, pero no descubrió a ninguno.

Se sentía perdida en aquel complejo inmenso que era el «Esplai», secuestrada por dos murianos. Pensó que podían tratar de robarla, lo cual parecía muy frecuente en el planeta Shadow, pero después recordó los comentarios de Senglar y Jano respecto al valor que allí se daba a una mujer terrícola y se asustó más aún. —Más aprisa, terrícola.

La conducían hacia los aerodeslizadores, seguramente para introducirla en uno de ellos y marcharse del «Esplai», pero la suerte se presentó en forma de vehículo que abandonaba el estacionamiento.

En una maniobra brusca fue hacia ellos enfilando el carril de salida, pero menospreciando su presencia. El atropello semejaba inevitable.

Nina dio pruebas de una gran agilidad y saltó hacia adelante.

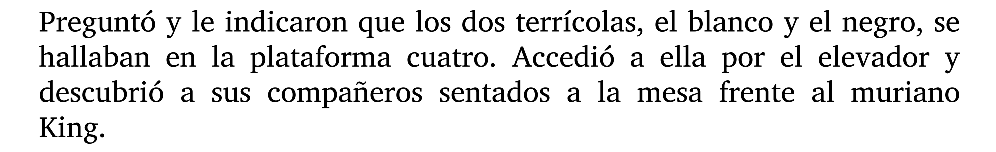
El temerario conductor de aquel aerodeslizador golpeó al muriano que iba tras ella. Nina tuvo tiempo de desenfundar su arma y apuntar al otro muriano que quedó sorprendido.

Mas, el vehículo se alejó y el muriano que hablaba su propia lengua se rehízo apuntando a Nina con su arma. La mujer terrícola optó por enfrentarse a él y disparar.

Un chorro de supraultrasónico tumbó al muriano haciéndole encogerse sobre sí mismo. El otro muriano, al ver caído a su compañero, aprovechó para escapar. Nina le apuntó al centro de la espalda, pero al tenerlo en el punto de mira de su pistola polivalente fue incapaz de matarlo y le dejó escapar.

Pensó que su situación era difícil. Alguno de los vigilantes podía confundir la situación y cabía la posibilidad de que dispararan sobre ella.

Sin soltar la pistola de su mano, Nina corrió con la agilidad que le daban sus piernas flexibles y jóvenes. Llegó a un punto desde el cual pudo ver el gran rótulo que anunciaba el «Psicodelium» y se introdujo en él guardándose el arma para no llamar la atención.



Preguntó y le indicaron que los dos terrícolas, el blanco y el negro, se hallaban en la plataforma cuatro. Accedió a ella por el elevador y descubrió a sus compañeros sentados a la mesa frente al muriano King.

—¡Senglar!

—Hola, Nina.

—Senglar, dos seres de la misma raza que él —señaló a King— me han atacado.

Jano se encaró con el muriano, vigilándolo por si ofrecía alguna peligrosidad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han paralizado al androide JR y luego han intentado secuestrarme. Han conseguido llevarme hasta el estacionamiento de aerodeslizadores, pero allí he podido escapar después de disparar contra uno de ellos.

Ahora fue Senglar quien se enfrentó a King.

—¿Qué dices a eso?

—No sé lo que pretendes insinuar, terrícola estúpido. La mujer está asustada, si iba sola es lógico que algún habitante de este planeta, sea de la etnia que fuere, tratara de raptarla. Ya sabes el valor que aquí tiene una mujer.

—No sé de qué habla.

—King, si tú has intentado secuestrarla —silabeó, despacio.

—Tranquilo, terrícola, te estás poniendo muy nervioso. Hay muchos murianos en Shadow, como también hay terrícolas y de otras etnias en la galaxia.

—King, si has sido tú y lo averiguo, te voy a cortar esas orejas que se mueven como abanicos.

—Bah, los terrícolas no sois tan peligrosos, tenéis vuestras guerras intestinas. No quería decírtelo, pero es mejor que lo sepas.

—¿Ah, sí, el qué? —preguntó Senglar.

—Hay un destacamento de los Blau en Shadow y supongo que sabes muy bien quiénes son los Blau —se rió levemente con su boca grande y redonda, como quien saborea un triunfo de antemano.

—King, encontraré a quien me suministre el combustible. Ah, y no se te ocurra ninguna tontería porque los cañones de la cosmonave que tengo arriba orbitando reducirían a cenizas tus-posesiones. —Se volvió hacia Nina y Jano para decirles—: Vámonos.

Abandonaron el «Psicodelium» donde proseguía el bombardeo de luces y músicas tecno-pop-cósmicas.

Cuando salieron al espacio libre, Nina dijo:

—El androide sigue en el *shop-center.* ¿Qué hacemos?

—Yo puedo ir a por él —manifestó Jano.

—Sí, ve, porque ahora llega el embajador Clemans.

Efectivamente, el embajador Clemans arribaba a bordo de un modernísimo y potente aerodeslizador.

—¡Senglar!

—Hola, embajador.

El vehículo se detuvo junto a ellos, lo conducía el propio embajador que iba solo.

—He encontrado un proveedor, pero quiere catorce mil por container.

—Ese punto lo discutiremos con él.

—Me parece que no va a rebajar ni un brillante.

—Pese a todo, lo hablaremos con él. Antes, quiero ver los containers.

—¡Senglar, Senglar!

Todos se volvieron hacia el hombre que gritaba con voz desgarrada.

Vieron a Jano que salía del *Shop-Center,* empuñando su pistola polivalente y disparando hacia quienes le perseguían.

—¡Son los Blau! —identificó rápidamente Senglar al reconocer a los terrícolas traidores a la Confederación que salían del *Shop-Center*

disparando sus armas.

Se les podía reconocer por sus cascos y sus casacas azules, cruzadas por una franja blanca en diagonal sobre sus pechos y espaldas.

Dos Blau cayeron alcanzados por los disparos incinerantes de Jano, pero éste también resultó alcanzado y rodó por el suelo mientras se ponía incandescente.

Estalló en una llamarada blanquísima, su cuerpo se consumió en segundos, reduciéndose a cenizas.

Senglar empuñó su arma y disparó sobre los Blau que continuaron saliendo del *Shop-Center* y parecía que había más de los que era de desear.

El embajador Clemans vio con sus propios ojos cómo tres Blaus más caían alcanzados por los disparos incinerantes de Senglar. La propia Nina había empuñado su pistola y disparaba a su vez. Consiguieron que media docena de Blaus retrocedieran hacia el *Shop-Center* buscando parapetos.

—¡Escapemos de aquí, embajador! —apremió Senglar mientras hacía pasar a Nina al interior del aerodeslizador.

Una gran cristalera se rajó, alcanzada por un disparo y luego se desprendió fundida. Una pared estalló, desparramandoen torno una nube de cascotes que se transformaron en proyectiles.

Los vigilantes del «Esplai», al comprobar que aquel encuentro bélico era por todo lo alto, optaron por retirarse y no intervenir.

El embajador Clemans hizo girar trescientos sesenta grados el aerodeslizador y abandonaron el recinto del «Esplai» a gran velocidad mientras los Blau abandonaban sus posiciones y trataban de ir tras ellos disparando sus armas.

CAPITULO VII

La potencia del vehículo pilotado por el embajador Clemans consiguió que no fueran seguidos y pudieran alejarse perdiéndose en el dédalo de edificaciones.

Nina observó la pantalla retrovisora y dijo:

—Nadie nos sigue.

—Esos Blau nunca se sabe dónde pueden aparecer —gruñó el embajador.

—Ha sido un encuentro trágico, ha muerto uno de los hombres de mi tripulación.

—Hemos tenido suerte de no haber muerto todos —replicó el embajador Clemans.

—¿Usted no sabía que estaban aquí? —preguntó Nina.

—Siempre se reciben noticias de que puede haber algún Blau, pero nunca son confirmadas. Cuando llegan descienden en puntos ignotos de este planeta y luego se acercan a la metrópoli Cero. Se proveen de lo que desean y después se esfuman, pero no pocas veces han aparecido terrícolas muertos.

—Por lo visto, esta vez son muchos los Blau que pululan por el planeta. King...

—¿El muriano?

—El mismo; me ha dicho que había un destacamento de Blau aquí y no se ha equivocado.

—A la embajada no la atacan, estamos bien protegidos—replicó el embajador Clemans—, pero sí son peligrosos. Su cosmonave está armada, ¿verdad?

—Sí, armada y vigilante.

—Mejor/Si sobre el planeta Shadow hay un destacamento de Blau, eso quiere decir que tienen alguna cosmonave posada en el planeta u orbitándolo y lo peor sería que estuviese el mismísimo Alexander.

—¿Ha oído algo sobre él últimamente? —preguntó Nina.

—Supongo que lo que todos, que como vea una posibilidad intentará invadir el planeta Tierra para imponer su ley.

—Si eso ocurriera, estaríamos perdidos —gruñó Senglar—. Alexander sería el peor de los tiranos.

—No tengo noticias de que la flota espacial miliciana de Alexander esté en este sistema estelar, aunque sí sé que ha conseguido modernizar sus cosmonaves y en poco tiempo podría cruzar varios sistemas estelares.

—Diablos...

—Viviremos continuamente bajo la amenaza de la invasión de Alexander —observó el embajador Clemans—. Dicen que es inmortal.

—No hay nadie inmortal —replicó Nina.

—Pues Alexander lo parece y además eso es lo que se comenta. Tengo noticias de que con su flota miliciana ha genocidado a varias etnias de lejanos planetas, ha exterminado a todos los que no han querido someterse a su imperio. Naturalmente, han sido civilizaciones no evolucionadas, civilizaciones rudimentarias que como máximo habían alcanzado el dominio del aire con aeroplanos.

—Es un criminal genocida —opinó Nina que no cesaba de vigilar por la pantalla retrovisora.

—Lo es —admitió el embajador Clemans—. También sé que varios planetas de civilizaciones rudimentarias se le han sometido y les cobra un tributo en metales preciosos, joyas y sobre todo alimentos que son tan escasos dentro de la galaxia. Sé que les ha montado factorías donde se preparan las proteínas cárnicas y vegetales que envasadas adecuadamente pasan luego a las inmensas bodegas de sus cosmonaves nodrizas. De este modo, puede permanecer constantemente en el espacio.

Senglar observó que salían de la metrópoli Cero, alejándose de ella.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A buscar al proveedor. Esperemos que los Blau no nos sigan porque estaríamos perdidos si son un destacamento numeroso.

—Si es necesario, pediré ayuda —dijo Senglar.

Nina le miró intencionadamente. Ella sabía que la misión de la cosmonave Tralla 29-1 tenía que pasar inadvertida, ni siquiera el embajador debía saber que dentro de la cosmonave viajaba el presidente de la Confederación Terrícola y gran parte de su gabinete de estado.

—Espero que no nos sigan. Yo también podría pedir ayuda a la embajada, claro que eso dependería del número de milicianos Blau que tuviéramos delante. Una de las cosas que he pedido es un destacamento de las milicias espaciales de la Confederación para proteger la embajada y a los terrícolas que pasan por aquí, pero no me hacen ni caso. El gobierno piensa que los que vienen aquí son aventureros sin escrúpulos, piratas del espacio, terrícolas aliados con otros seres de la galaxia para cometer todo tipo de desmanes.

Ya lejos de la metrópoli, el embajador elevó el aerodeslizador cuatro palmos más y puso la marcha rápida.

Sostenido por el colchón antigravedad, el vehículo se desplazó a dos mil kilómetros hora.

El suprarradar de que iba provisto evitaba el choque con cualquier obstáculo que pudiera surgir en el viaje. No tardaron en llegar a unos grandes almacenes de chatarra.

Allí había varias cosmonaves dispuestas para el desguace, también se reparaban vehículos de todas clases y tenían como operarios única y exclusivamente a androides manejados por control remoto.

El embajador, que ya había rebajado la velocidad, se internó por entre aquellas montañas de chatarra de vehículos espaciales, montañas de planchas, hierros, fuselajes de distintos tipos de naves.

Los androides cortaban los metales con láser y despiezaban la chatarra. También tenían una fundición.

Los terrícolas se detuvieron frente a una rampa descendente, pues el control central de aquella especie de chatarrería estaba en el subsuelo, a cubierto de las explosiones fortuitas que generalmente tenían como coste en daños la desaparición de varios androides.

No tardaron en descubrir que el propietario de todo aquello era un terrícola de casi doscientos kilos de peso. Sufría el problema irreversible de una mutación.

Se hallaba encajado en una especie de trono deslizante provisto de mandos por control remoto para dominar las computadoras que poseía en su centro de control.

Aquel sillón deslizante tenía iodo tipo de prestaciones. Para disimular, estaba muy recargado y más bien parecía el trono de un paranoico del planeta Bronak.

—¡Mi querido embajador! —saludó muy efusivo.

—Hola, Ciryl, parece usted más delgado.

—¡Uy, más delgado! Podría ser, podría ser… He perdido doscientos gramos.

—¿Controla el peso todo el tiempo? —se asombró Nina.

Sin moverse de su sillón deslizante que se desplazaba por su centro de control, un lugar amplio pintado en negro mate y repleto de paneles luminosos, Ciryl el gordo señaló un gran reloj digital colgado de la pared.

—Allí aparece mi peso constantemente. La silla controla mi peso y un telecomunicador lo envía cada segundo a ese lector digital. Vean, vean, peso ciento noventa y siete kilos con doscientos veintitrés gramos. Si se me posara un insectoencima,quedaríareflejado eneselectorde pesodigital.

Nina acercó su dedo hasta el hombro de Ciryl, presionó y de inmediato observó que la presión de su dedo quedaba reflejada en el lector digital.

—Lo malo para mi peso es que no me conviene salir de aquí abajo donde tengo una temperatura de quince grados. Mi obesidad no me permite permanecer mucho tiempo a veintisiete grados, me ahogo.

—¿Y la gravedad del planeta no le molesta? —preguntó Senglar.

—Sí, me molesta, pero tengo que soportarla.

—La verdad es que aquí abajo se está bien —admitió Nina—. Por supuesto que también dentro de los aerodeslizadores y de los edificios climatizados, pero cuando sales al aire libre, tus piernas parecen de plomo y sufres un ahogo terrible.

—Si eso te ocurre a ti, encantadora mujer, imagínate a mí que sufro

esta obesidad mutante. Oye, yo puedo darte lo que me pidas si te quedas aquí conmigo.

La proposición del mutante obeso hizo sonreír a la joven.

—Gracias, pero ya tengo otra labor que cumplir.

—Conmigo no serás una empleada, serás rica. Tendrás tus aerodeslizadores, tu propia cosmonave. No tendrás que hacer ninguna labor de servicios. Podrás viajar cuanto quieras a la metrópoli protegida por los androides y te divertirás. Este planeta también tiene muchas diversiones si se posee poder económico, claro, y yo no puedo quejarme.

—No insista —le pidió Senglar—. Nina tiene su labor, ya se lo ha dicho.

—Es una pena, una mujer tan hermosa sería mi mejor compañía. Estoy cansado de vivir solo. Cualquier día pulsaré el botón que tengo a mi disposición y todo esto hará «¡pumm!», se encenderá la llama blanca y sólo quedarán cenizas.

—¿Cree que el suicidio le servirá de algo? —preguntó el embajador.

—Si yo desaparezco, no se habrá perdido nada en la galaxia y ahora, hablemos de cosas prácticas. Buscan containers ' de combustible de zirconita HP en cartuchos desechables, ¿no es eso?

—Sí, eso es —corroboró Clemans—. Los amigos han sufrido una avería en el espacio y necesitan esos containers.

—Los regalo todos si la chica se queda conmigo.

—A cambio de ella, otros ya nos han ofrecido el combustible —comentó Senglar, ya molesto.

—Está bien, está bien, entonces son quince mil brillantes venusinos por container.

—Diez.

El embajador Clemans intervino para observar:

—Ya le dijeque no podríanpagar más de diez mil.

—Diez mil es poco para los riesgos que yo corro; sin embargo, tratándose de paisanos terrícolas, acepto.

—Creo que debo darle las gracias —dijo Senglar—. ¿Dónde tiene los containers? Tenemos prisa por proseguir nuestro viaje.

—¿Qué clase de vehículo llevan?

—Hemos venido en mi aerodeslizador —dijo el embajador—. Un M-14, ya sabe. '—Será suficiente para cargar con diez containers.

—No hemos traído aquí los brillantes venusinos, pero podemos dejarlos en la embajada —propuso Senglar.

—De acuerdo, me fío del embajador. Enviaré a mis androides a recoger los brillantes venusinos.

—Gracias por colaborar con nuestros coplanetarios que están en problemas.

Ciryl tecleó el mando de control remoto y de inmediato se encendieron varias pantallas de televisión. En ellas aparecieron androides afanados en cumplir órdenes, seres creados única y exclusivamente para trabajar.

Fueron cargando con los containers de zirconita HP quesi bien no eran voluminosos, sí resultaban muy pesados y trasladaron el combustible hasta el aerodeslizador.

—Abran las puertas del vehículo —les indicó Ciryl— y los propios androides cargarán el combustible.

—¿Quiere un crédito de fianza hasta que cobre los brillantes? —sugirió Senglar.

—No es necesario, el embajador es testigo. Deposite los brillantes en la embajada y yo me ocuparé del resto. El embajador Clemans y yo somos amigos. ¿No es cierto, embajador?

—Así es.

Echaron a andar tras saludarse. Nina se acercó a Ciryl y le dio un beso en la mejilla. Sentía lástima por aquel hombre que vivía en completa soledad debido a su obesidad mutante, quizá provocada por las radiaciones que pudo recibir su madre cuando él estaba en el claustro materno.

El embajador se preocupó de abrir las puertas del aerodeslizador, Senglar trató de colaborar. Aquel combustible en pequeños containers

era vital para ellos.

De pronto, sin que el embajador ni Senglar lo advirtieran y tampoco pudieran sospecharlo de antemano, dos de aquellos androides de ojos luminosos y cuerpos de líneas burdas pero de gran efectividad para el trabajo, atacaron a Nina sujetándola primero y alzándola en el aire después, con evidente intención de llevársela.

—¡Senglar! —consiguió gritar la joven.

Cuando se volvió y descubrió que los androides se llevaban a Nina hacia la rampa, Senglar desenfundó su arma e hizo un disparo contra uno de ellos.

Logró fundir una de sus piernas y el androide cayó al suelo. Nina quedó en el aire, sostenida por el otro.

—¡Embajador! —la interpelación brotó por las docenas de altavoces repartidos por toda aquella inmensa chatarrería espacial, era la voz de Ciryl—. ¡Dígale a su amigo que si quiere que la mujer siga viva debe olvidarse de ella!

El embajador miró preocupado a Senglar. Este replicó alzandolavozcomoparaasegurarsedequeseríaoído.

— ¡Ciryl, es inútil que trate de raptarla, ella no le aceptaría!

—¿Por qué, porque soy el tipo más gordo que ha visto nunca? —preguntó, echándose a reír, una risa que se desparramó por los altavoces hallando extraños y metálicos ecos en las naves a medio desguazar.

—Ella tiene una labor que cumplir, no puede retenerla. Dé orden a su androide para que la suelte.

—Ella será traída a mi guarida y si alguien intenta llevársela, pulsaré mi botón y todo esto se reducirá a cenizas.

—¡Se ha vuelto loco! —rugió el embajador.

La amenaza era terrible. Aquel hombre desesperado, loco por su soledad, por su marginación, despreciaba a la muerte o quizá contemplara a la muerte como una liberación para su obesidad creciente. Era ya un monstruo que tenía dificultades para sobrevivir.

CAPITULO VIII

Senglar optó por actuar. La puntería debía ser rápida y certera, sin dejar tiempo a una posible reacción.

Sin apuntar siquiera, confiando en su habilidad, disparó contra el androide que se llevaba a Nina mientras el otro en vano intentaba recuperar la verticalidad, ya que le faltaba una pierna.

El disparo de Senglar acertó en la pseudonuca del androide que de pronto comenzó a hacer girar su cabeza violentamente mientras la potencia luminosa de los destellos de sus ojos se multiplicaba por mil y por su boca emitía unos ruidos chirriantes.

Los brazos aflojaron la presión sobre el cuerpo de Nina que cayó al suelo mientras aquella cabeza giraba y giraba, totalmente descontrolada.

—¡Corre, Nina, corre! —le gritó Senglar.

La muchacha corrió hacia ellos con la agilidad que le proporcionaban sus piernas elásticas y maravillosamente torneadas.

—¡Deje, embajador, yo pilotaré esto! —le exigió Senglar.

Nina se introdujo por la puerta abierta mientras la voz de Ciryl se oía a través de decenas de potentes altavoces repartidos por toda la factoría de desguace.

—¡No escaparéis, no escaparéis!

Se reía, era la carcajada de un loco que si no conseguía lo que deseaba no vacilaría en destruirlo todo.

De pronto estalló una cosmonave a medio desguazar que no estaba lejos de ellos. Una portezuela estaba abierta y uno de los pedazos metálicos, convertido en metralla, golpeó la espalda del embajador, partiéndolo mientras otros pedazos golpeaban el vehículo, abollándolo.

Nina miró al embajador que había quedado roto como un muñeco y sangraba por la boca, nariz y oídos. Los ojos de aquel hombre ambicioso la miraron un instante; luego, sin llegar a cerrarse, dejaron de mirarla. Había muerto.

Se produjeron más explosiones.

Senglar empujó el cadáver del embajador fuera del vehículo y aún con las portezuelas abiertas maniobró tratando de evitar los lugares donde podían resultar afectados por las explosiones que parecían sucederse en cadena.

Senglar buscaba la salida en medio de aquellos gigantescos desechos de la ingeniería espacial que iban estallando.

De súbito, frente a ellos aparecieron cuatro androides armados. No tenían tiempo de replicarles con sus armas y Senglar optó por aumentar la velocidad aún con el riesgo de estrellarse contra verdaderas montañas de hierros retorcidos.

Los cuerpos de los androides saltaron por los aires alcanzados por el vehículo aerodeslizador de gran potencia mientras se producían nuevas explosiones.

—Senglar, Senglar, ¿qué va a pasar? —gritó Nina, viendo llamaradas por todas partes.

La metralla que se producía golpeaba la carrocería del aerodeslizador, zarandeándolo, abollándolo, perforando incluso algunos puntos del fuselaje y haciendo estallar los cristales que se convertían en polvo.

La temperatura ambiental aumentó rápidamente en medio de las violentas explosiones.

—Hay que salir de aquí antes de que todo quede fundido por un hongo nuclear —gruñó Senglar.

Comprobó que el radar del vehículo había enloquecido, posiblemente había resultado dañado por uno de los impactos de aquella metralla improvisada que se formaba al estallar las cosmonaves.

La factoría de chatarra se convirtió en un infierno, aún se podían oír las carcajadas del gordo Ciryl en medio de las explosiones.

Arriesgándose por carecer del suprarradar, Senglar aceleró, confiando en su habilidad como piloto.

Consiguieron dejar la factoría atrás cuando una explosión, por encima de las otras, elevó al máximo la temperatura. Todo se hizo blanco.

La llama vivísima, imposible de ser contemplada por los ojos

humanos, absorbió las otras explosiones mientras el hongo atómico crecía y los metales se fundían.

Nada entero iba a quedar que pudiera recordar que allí había existido una chatarrería inmensa de vehículos espaciales.

—Agacha la cabeza, no abras los ojos —pidió Senglar a Nina mientras pilotaba el vehículo a gran velocidad, casi sin ver, dando la espalda a aquel infierno donde docenas de androides se fundían, incapaces de pensar para qué habían sido creados por la mano del hombre.

El cadáver del embajador desaparecería totalmente y también el cuerpo de un muíante que había engordado período a período, acabando así con su propia tragedia.

El aerodeslizador comenzó a dejar escapar ruidos que a Senglar le preocuparon. Sin duda alguna, aquellos ruidos expresaban deterioros en los propulsores del aerodeslizador y fueron aumentando hasta que Senglar, a orillas del inmenso lago de agua dulce, se detuvo. El peligro de la autodestrucción del gordo Ciryl había pasado.

—Hay que parar aquí. Si avanzamos más, este trasto se va a fundir.

Nina le observó preocupada.

—¿No podemos continuar?

—No por ahora, aún no entiendo cómo hemos salido vivos.

Saltó fuera del vehículo y observó la carrocería.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Nina acercándosele para examinar también la carrocería abollada y agujereada en varios puntos.

—No lo sé, pero lo que sí es seguro es que no puedo meter las manos dentro hasta que no se enfríe y para que eso ocurra, con la temperatura ambiente de treinta grados que debemos tener aquí, hemos de dejar pasar cuando menos tres o cuatro horas.

—¿Y si no puedes arreglarlo?

—No sé qué haremos, pero no podemos abandonar los containers que tenemos aquí, por suerte no han resultado dañados. Hay que llegar con ellos al estacionamiento de King, cargarlos con el transbordador y subir a la cosmonave que nos aguarda arriba.

Nina se dejó caer, sentándose sobre la arena y mirando al lago. A distancia podía verse el geiser de vapor rojizo que emergía del centro del lago a una considerable altura, como una fumata volcánica, mientras el agua hervía permanentemente en derredor, lo que formaba nubes que según el viento se alejaban en una dirección u otra para regar unas tierras estériles.

—¿Crees que aquí estamos a salvo?

—No lo sé, el lugar no me parece mal. Hay grupos rocosos que nos pueden proteger de los sensores que traten de localizarnos. Es muy posible que los Blau sigan buscándonos y si intentamos comunicarnos con nuestra cosmonave pueden detectarnos. Por el momento, nada podemos hacer, hay que esperar unas horas a que se enfríe el motor.

—¿Hay comida dentro del vehículo?

—No creo —respondió Senglar—. Bebida es posible que sí.

—Pues algo es algo, beberemos.

—Mientras, yo me voy a dar un chapuzón —dijo Senglar, desnudándose.

—Creo que es una buena idea —opinó Nina. Se quitó la casaca y comenzó a descalzarse las botas.

Poco después, ambos nadaban en las aguas cálidas de aquel lago inmenso de agua dulce. No reían, aún estaban demasiado cerca las muertes, en especial la de Jano, su compañero de viaje interestelar.

Habían perdido casi la noción del tiempo. Sus relojes su-subacuáticos y a prueba de toda clase de presiones les indicaban la hora de los periodos en que vivían e incluso el horario del planeta Shadow, pero no habían reparado en que la noche se acercaba.

La estrella sol del sistema se hundía por el horizonte al otro lado del lago, casi cogiendo por la mitad la gigantesca fumata de vapor rojizo, lo que constituía un espectáculo bellísimo del cual disfrutaron los dos terrícolas que nadaban en el agua.

Aquella estrella, a los ojos de los terrícolas, tenía unas dimensiones dobles que las del Sol que iluminaba y daba vida a la propia Tierra visto desde ésta, pero podía soportarse porque era más decadente.

Contemplaron el ocaso de aquella estrella sol hasta su total

desaparición y después, en medio de la oscuridad, salieron del agua.

No hacía frío, el aire seguía siendo cálido y el suelo también estaba caliente.

Sin pretenderlo, sin pensarlo, se encontraron cogidos de la mano. Las tres lunas no habían aparecido aún. Una de ellas asomaba blanco azulada por detrás de unas rocas cuando Nina sintió sobre sus labios la presión de la boca del hombre.

Le agradó.

Acercó su cuerpo húmedo al de él y se oprimieron el uno contra el otro mientras se besaban.

El tiempo había dejado de tener importancia para ellos. La luna que emergió por detrás de las rocas semejó danzar en torno a la pareja de terrícolas. La arena fue acogedora con sus cuerpos que rodaron sobre ella.

—Senglar, Senglar, Senglar...

—Te quiero, te quiero.

Unieron sus deseos, entregándose mutuamente mientras la humedad de los cuerpos se mezclaba. Ya era difícil saber si las gotas de agua se desprendían de un cuerpo o del otro.

El universo les pertenecía, las estrellas, el manto que les envolvía, las indiscretas lunas.

No había flora ni fauna que pudiera escuchar ni disolver sus suspiros, sus gemidos, sus besos, el rumor de un cuerpo fundiéndose en el otro.

—Senglar, Senglar —gimió Nina casi con dolor mientras sus ojos, inundados de estrellas, se encendían con el fuego de la pasión que alcanzaba su cénit, el doloroso goce del placer.

CAPITULO IX

Cuando Nina despertó, sus ojos se inundaron de estrellas.

No sentía frío, la temperatura ambiental no debía bajar de veinticinco grados. La arena se había amoldado a su hermoso cuerpo.

Un ruido metálico le hizo volver la cabeza y descubrió el vehículo aerodeslizador. La tapa de los turbomotores estaba abierta y Senglar se hallaba metido dentro.

Una agradable sensación recorrió -su cuerpo. Senglar estaba allí, la soledad en un planeta que le era extraño y hostil no se clavaría en sus entrañas de forma hiriente.

—Senglar...

—Ah, ¿ya despierta?

—Sí, ¿cómo va eso?

—Mal, he hecho lo que he podido con las herramientas de urgencia, pero está muy averiado.

—¿No podremos llegar a la metrópoli?

—Lo intentaremos, pero la metralla le ha causado varias heridas. Hará lo que pueda, aunque lo que no podremos será alcanzar una gran velocidad.

—Llegaremos, seguro que llegaremos.

—Mientras no haya Blaus cerca, sí. Lo malo es que pueden tener vehículos y nos estarán buscando.

—¿Y si nos encuentran?

—Nos matarán, porque peor sería que nos capturasen.

—¿Crees que nos harían hablar?

—Seguro, hay métodos para vaciar lo que escondemos en nuestros cerebros y Alexander dispone de ellos.

—Siempre Alexander... Es una amenaza constante sobre nuestras cabezas.

—Sí. Ansiamos vivir en libertad, pero él y sus milicianos están dispuestos a saltar sobre nosotros para imponer su tiranía de la esclavitud y el terror.

—Si me atacan, no dejaré que me capturen.

—Será lo mejor. Lleva la pistola siempre a punto, ya has visto que has sido atacada varias veces.

—Sí, pero he escapado —suspiró—. Ya no sé si hubiera sido peor caer en manos de los murianos o bajo el poder de Ciryl, el mutante gordo.

—Esperemos que no nos cacen los Blau de Alexander. —Hizo una pausa y luego añadió—: Regresar dando el gran rodeo y atravesando la metrópoli es largo y no sé lo que va a durar el motor. Además, el radar no funciona y los obstáculos van a ser un peligro.

—¿Qué tratas de proponerme?

—Ir directamente a la metrópoli Cero, al estacionamiento donde tenemos el transbordador, cruzando el lago.

—Si es un aerodeslizador, no creo que haya problema.

—No es tan fácil, Nina. Pueden fallar los motores por completo y quedaríamos sobre las aguas. El fuselaje está agujereado y lógicamente se hundiría en el lago. No hemos traído con nosotros ningún automonocohete para salir volando.

—¿Quieres decir que corremos el riesgo de ahogarnos?

—No es eso sólo. Pasaremos cerca de la columna de vapor del geiser subacuático, por encima del agua hirviendo. Si caemos, creo que antes de ahogarnos nos coceríamos vivos.

—Es un riesgo, evidentemente.

—Pienso que por encima de nuestra muerte está la supervivencia de la cosmonave con los personajes que llevamos a bordo.

—Soy consciente de ello.

—No obstante, tenemos más posibilidades de no llegar si vamos por encima del suelo que sobre el lago —le concretó Senglar.

—Estoy contigo, pese a que no me hace ninguna gracia morir cocida.

—Subamos.

Senglar puso el vehículo en marcha y éste gimió y no respondió como era de desear. Nina miró a su compañero, preocupada, pero no dijo nada.

Senglar hizo girar el vehículo enfilando hacia las aguas del lago.

Avanzó primero lentamente hasta que los motores, al principio reacios, propulsaron con suficiente fuerza y un silbido que al oído de Senglar sonó agradable.

—Esto va bien —opinó Nina.

—Esperemos que no se pare, porque si eso sucede, será el fin de muchas cosas.

Se alejaron de la orilla cruzando el lago casi en diagonal, tres palmos por encima de las aguas.

Las posibilidades de salvación, si los motores fallaban, eran cada vez más remotas. Nadar en aquellas aguas calientes para tratar de alcanzar las playas, resultaba imposible.

—Aumentaremos un poco la velocidad para ganar tiempo —propuso Senglar.

—Qué hermoso es ese chorro constante de vapor rojizo que brota del fondo del lago que es azul-negro.

—Sí. Ese color será causado por la reflexión de la luz más las sales que contienen las aguas que en forma de chorro son impulsadas hacia arriba y que no se mezclan con el resto del lago hasta que caen.

La columna de agua que emergía hacia el cielo no era delgada y no pudieron acercarse demasiado a ella, pues elvapor que existía sobre el lago, cerca de la base del gigantesco chorro, quemaba.

—El calor es inaguantable —se quejó Nina, empapada de sudor.

—Esto parece una sauna puesta a la máxima temperatura.

El agua bullía bajo la panza del aerodeslizador.

El acondicionador estaba estropeado, no funcionaba y el vapor

penetraba en el vehículo por la carrocería agujereada.

—Senglar, me temo que no podré resistir.

—Aguanta un poco más, yo también me quemo.

Nina gimió:

—Me quemo y me ahogo.

El vapor ya no les permitía ver. Había empañado los cristales y todo quemaba en torno a ellos. Aguantar más era casi imposible mientras el chorro producía un fragor ensordecedor al estar a menos de cien metros de él.

Al fin, se alejaron del chorro. La ventilación aireó el interior del vehículo arrojando fuera el vapor.

—Ya puedo respirar un poco más —confesó Nina.

Senglar comentó:

—Yo nunca había pasado tanto calor.

El vehículo comenzó a producir ruidos extraños de nuevo, como advirtiendo que no tardaría en fallar por completo.

La pareja terrícola se miró preocupada, sin decirse nada. Sus cuerpos aún estaban empapados por el vapor y el sudor que les provocara aquel exceso de calor húmedo que había abierto todos los poros de su piel.

Senglar no disminuyó la velocidad hasta que arribaron a la playa.

Ya junto a la zona del estacionamiento, Senglar suspiró ide alivio.

—¡Lo has conseguido, Senglar, lo has conseguido! —exclamó Nina.

El aerodeslizador, abollado y agujereado, con gran partede sus prestaciones anuladas, con el motor dañado, llegó renqueante y ruidoso al estacionamiento.

Se dirigió al hangar donde se hallaba el transbordador Llamp y se detuvo junto a él.

—Mientras tú abres la portezuela y vigilas, yo cargaré los containers —le dijo Senglar.

—¿Crees que corremos algún peligro?

—Seguramente. Cerraremos la puerta del hangar, pero tú mantente vigilante.

La sentó como copiloto y le mostró un tablero en el que había unos botones rojos numerados.

—Cuando los pulses, dispararás. Si nos atacan, centra a los enemigos en esta pantallita que tiene la cruz y la circunferencia. Lo conseguirás moviendo este mando y arriba a la derecha verás un número que corresponderá al disparador que está apuntando al objetivo. Recuérdalo, debes pulsar el botón que tenga el mismo número que aparezca en pantalla.

—De acuerdo.

Los containers pesaban y había diez. Senglar comenzó a cargarlos en el transbordador Llamp.

Mientras el hombre cargaba el combustible, Nina vio en pantalla al muriano King que sonreía moviendo su nariz y sus orejas que le convertían en una especie de extraño y pequeño elefante.

—¡Comandante Senglar!

Nina comprendió que ella no quedaba frente al objetivo del telecomunicador y por tanto el muriano no podía verla. Dio una ojeada a Senglar que seguía transportando containers de un vehículo a otro y pensó que lo mejor sería distraer al muriano.

Colocó su rostro de modo que aquel ser pudiera verla y así fue, porque la expresión de King cambió de inmediato.

—Hola, bella terrícola.

—¿A mí no me insulta como hace con el comandante Senglar? —preguntó Nina, dispuesta a coquetear para distraerlo y ganar tiempo.

—No es lo mismo tratar con el terrícola macho que con una preciosa hembra como tú.

—¿Es que no hay mujeres murianas?

—Sí las hay, pero no tienen la belleza dé las terrícolas.

—Esosóloseráunaopinión,labellezaessubjetiva.

—Oh, no, la belleza es algo físico que se ve, que se toca, que se palpa y se puede gozar.

—Parece que esté usted en época de celo.

—Los muríanos siempre estamos en celo —se rió King—. Por cierto, ¿dónde está el comandante Senglar?

—Aquí —dijo Senglar jadeante, sentándose en una butaca frente al objetivo.

El rostro de King cambió.

—Senglar, te he visto llegar con ese cacharro que pilotabas. ¿Acaso has tenido que ver con la explosión que se ha registradoenladesguaceríaespacialdelgordomutante?

—Quizás.

—¿Has conseguido el combustible que querías?

—Por desgracia, no —mintió Senglar, deseoso de ganar tiempo—. Allí murió nuestro embajador; el gordo se volvió loco 7 las cosas se complicaron.

—Seguro que fue al ver a la mujer.

—Me temo que sí.

—¿Y el vehículo que pilotabas quedó afectado en la factoría?

—Sí.

—¿Y dónde piensas comprar ahora el combustible?

—Donde pueda.

—Pues, me parece que no vas a tener tiempo.

—¿No, por qué?

—Los Blau están rodeando el hangar. Cuando te lleven ante Alexander le das saludos de mi parte.

Se abrió el portalón bruscamente y aparecieron media docena de Blaus armados.

Senglar alargó su mano, enfocado en la pantalla de disparo estaba precisamente el hueco del portalón.

No dudó en pulsar el botón rojo dos e, inmediatamente, brotaron los disparos incinerantes que alcanzaron a los Blau y quemaron la puerta.

Senglar pulsó también el botón de puesta en marcha de la Llamp en posición de despegue vertical. La marcha fue tan inesperada que destrozó el techo del hangar, saliendo a través de él mientras los Blau rodeaban inútilmente el recinto.

El brutal estrépito les hizo huir en todas direcciones, pero cuando vieron que la nave transbordadora seguía su ascenso vertical, dispararon contra ella. Mas, ya fue tarde, se alejaba a gran velocidad.

—¡Senglar, hemos escapado, hemos escapado!

—Sí, por segundos, estábamos rodeados. Había más Blau de los que yo creía.

—¿Qué harán ahora?

—No lo sé. Lo que haremos es alejarnos cuanto antes del planeta.

Shadow fue quedando atrás, hasta que salieron de su atmósfera en busca de la cosmonave Tralla 29-1.

CAPITULO X

El general McArmy se hallaba en la sala de control y con él, el presidente Foll que seguía con la cabeza oculta dentro del yelmo de protección del traje espacial Cinco.

—Entonces, ¿los Blau están en el planeta Shadow? —preguntó el general McArmy como sorprendido.

—Sí, por desgracia están abajo —asintió Senglar—. Hay un destacamento y parece numeroso.

—¿Cuántas cosmonaves tienen? —quiso saber el general McArmy.

—No las he visto, pero es posible que dos o tres, aunque ignoro de qué tipo son.Por supuesto, estarán armadas.

El general McArmy envió una mirada al presidente Foll quien volvió su rostro hacia Nina que explicó:

—Hemos sido atacados en varias ocasiones. El planeta Shadow es un infierno, allí no existe la ley. Nuestro embajador ha muerto, lo mismo que Jano, el tripulante de esta cosmonave.

—Sí, hemos perdido a un tripulante, al embajador y también al androide JR.

El general opinó:

—Entonces, ha sido un ataque en toda regla.

Senglar añadió:

—Hemos tenido problemas de todos los tipos.

Fuentes se volvió hacia Senglar, demandando su atención.

—Tenemos una telecomunicación que entra como un cañonazo.

—¿Va dirigida a nosotros? —inquirió Senglar, sorprendido.

—Si.

—¿De dónde procede?

—De un punto indeterminadodel espacio.

—¿Seguro que la telecomunicación no viene del planeta Shadow?

—Seguro.

—Abre canal y pasa imagen en pantalla, veremos de qué se trata.

La pantalla grande de la sala de control se encendió en medio de oscilaciones luminosas e iridiscentes al tiempo que se producían agudos pitidos hasta que apareció la imagen de un hombre que vestía un uniforme miliciano.

Su gorra era algo especial, la visera le llegaba a los ojos y por encima terminaba en punta. Era un terrícola de raza blancayojosredondos,pequeñosydecolorazulgrisáceo.

Los labios tenían una rojez acusada y un buen número de arrugas surcaban aquel rostro. El pecho aparecía cargado de condecoraciones y entre todas destacaba un águila que sostenía entre sus garras un sol brillantísimo.

—Alexander —musitó Nina.

—Bien, bien, supongo que ya sabéis todos que soy el mariscal de mariscales del imperio Terrícola Galáctico, ¿verdad?

Senglar le replicó despacio pero con dureza.

—No existe tal imperio y tú no eres más que un traidor que con lo que has robado pagas un ejército de mercenarios del espacio con el que arrasas planetas y genocidas a etnias inteligentes que ya no evolucionarán jamás. Tratáis de invadir nuestro propio planeta para hacer desaparecer el gobiernodemocráticodelaConfederación,peroeso jamásloconseguiréis.

—Tú debes ser el comandante Senglar, sí, hablas muybien. Puedo ofrecerte un puesto entre mis Blau, tú tendrías el grado de mayor ahora y dentro de unos períodos prudenciales, cuando me demostrases absoluta obediencia y fidelidad, ascenderías a general. Tengo buenos milicianos, los mejores, pero si descubro a otros los contrato para mi imbatible flota espacial.

—Olvídame, Alexander.

—Mariscal Alexander —corrigió aquel psicópata cuya imagen les

llegaba con una nitidez tan grande que parecía que su proximidad podía resultar peligrosa.

—No eres mariscal, sólo un rebelde y un perjuro. Traicionaste el juramento de fidelidad a la Confederación a la que servías, con el grado de general.

—Ahora soy mariscal y cuando domine y aplaste la Confederación, seré el emperador y ésa es una meta que nadie, absolutamente nadie, podrá impedir.

—No lo conseguiréis —gruñó otra voz.

—Ah, esa voz la conozco... Sí, claro, es la del general McArmy. ¿Me equivoco?

—No. Yo estuve bajo tus órdenes, Alexander, pero fueronotros tiempos.

—Bien, decidle al presidente Foll que me salude antes de que pase a considerarlo mi prisionero.

—ElpresidenteFollnoestá aquí —replicóNinaconviveza.

—Esa es Nina, la jefe de servicios. En fin, no sirve de nada mentir, sé que el presidente Foll está a bordo y también un grupo de secretarios de su gabinete, los más importantes.

Todos se miraron entre sí, muy preocupados.

El presidente Foll se quitó el yelmo y confesó:

—Estoy aquí, Alexander, pero no soy tu prisionero. Antes de serlo preferiría desaparecer.

—Es mejor que se someta, presidente Foll, así evitará el derramamiento de sangre. Todos serán considerados mis prisioneros. Usted hablaré al gobierno provisional de la Confederación que ha quedado en el planeta Tierra para que no opongan resistencia a nuestra invasión. De esta forma, la invasión será pacífica y el pueblo agradecerá que no se derrame sangre, que no se destruyan ciudades y no se corra el riesgo de que el planeta estalle en miríadas de pedazos convirtiéndose en una nube de meteoritos flotando en la galaxia.

—Eso no sucederé nunca, Alexander —replicó el propiopresidente Foll.

—No sea estúpido. ¿Es que todavía no se da cuenta de que el poderoso soy yo? Dispongo de toda una flota espacial de combate: usted está en una cosmonave sin escolta y le acompañan los más importantes secretarios de su gabinete. ¿Cómo piensa que va a poder escapar?

—Aún no nos has capturado —le desafió Senglar. —Lo haré cuando y como quiera. Enviaré a mi flota, cercaremos la cosmonave y si no se rinden, la destruiremos y luego avanzaremos sobre el planeta Tierra para llevar la noticia de la muerte del presidente Foll y de sus allegados. El nuevo gobierno lo presidiré yo.

—No has conseguido nada aún —silabeó Senglar, ordenando después —: Fuentes, corta la telecomunicación.

El mariscal Alexander, comandante supremo de la flota miliciana espacial de los Blau, se echó a reír. Era una carcajada tan cínica como desagradable que se fue disolviendo entre pitidos hasta que la imagen desapareció.

—Estamos perdidos —gruñó el general McArmy. Mirando al presidente Foll, le dijo—: Mi consejo fue el de que lleváramos una fuerte escolta miliciana en nuestro viaje haciaKrono.

El presidente, sombrío, replicó:

—Era mejor viajar de incógnito.

Nina preguntó en aquel momento:

—¿Cómo ha podido averiguar Alexander que están aquí, si todo se ha llevado en tan estricto secreto que ni la tripulación lo sabía?

—Lo ignoro, pero Alexander es muy poderoso y sus servicios de espionaje para ver cómo funciona el Gobierno de la Confederación le sirven bien.

—De todos modos, aún no nos han capturado. ¡Sábato!

—¿Sí? —respondió a Senglar. —¿Detectas alguna flota espacial?

—No.

—Entonces, nos pondremos en marcha.

—Quizás fuera mejor que yo desaparezca —dijo el presidente Foll—. Después de todo, he sido elegido y si yo desaparezco, otro hombre ocupará mi puesto. Este es el verdadero valor de nuestro gobierno.

—Usted presidirá el gobierno hasta que cumpla su mandato —le cortó Senglar sin concesiones—. Además, es usted un magnífico presidente, por ello obtuvo la mayoría de votos.

—De todos modos, no es tan grave que un hombre muera por una causa. Lo trágico sería que una civilización, toda una causa, muriera por la cobardía o la ambición de un solohombre.

—Hablemos de algo práctico —le exigió el general McArmy—. Toda una flota espacial de combate va a atacarnos, no tenemos escapatoria y como ha dicho el presidente Foll. si caemos, otros serán elegidos y el sistema que todos hemos jurado defender sobrevivirá.

—No es tan sencillo —replicó Senglar—. Hay Huecos en la historia que son malignamente aprovechados por tipos como Alexander y ellos pueden torcer la historia hacia el desastre. Ahora, antes de que tome una decisión porque sigo siendo el comandante de esta cosmonave y tenemos los segundos contados, necesito conocer los motivos que usted, presidente Foll, ha tenido para iniciar este viaje de incógnito al lejanísimo planeta Krono.

—No quería revelarlo —dijo el presidente Foll—, pero ya no tiene objeto callar. Con parte de mi gobierno visitamos una planta de neutrinos para uso industrial, una planta queprometía mucho. Se produjo una fuga de radiaciones que afectó nuestros cuerpos, estamos marcados por unas quemaduras que en gravedad pueden parecerse a un cáncer desatado, a un cáncer galopante.

—¿Y Krono?

—Cambiar un órgano por otro artificial implantado es cosa relativamente sencilla en nuestra ciencia, pero estas radiaciones han atacado nuestros cuerpos con más profundidad. Estamos marcados por la muerte si no llegamos a Krono donde su ciencia sítiene un posible remedio paranosotros.

—¿Y si no existe ese remedio para sus heridas? —preguntó Senglar, tan duro como pragmático. . —Si no tenemos solución, abandonaremos el poder a unas nuevas elecciones. Estoy convencido de que hay otros hombres y mujeres con mayor capacidad que nosotros; sin embargo, hemos de hacer todo lo posible para cumplir con el mandato que el pueblo de la Confederación Terrícola nos ha otorgado con sus votos. —Sonrió con tristeza—. Tomamos esto como un fuerte resfriado, un resfriado que debemos curar en el planeta-Krono.

—De acuerdo, presidente. Prefería conocer la verdad, ahora ya sé cómo moverme con la cosmonave. De lo que puede estar seguro es de que yo y conmigo toda la tripulación de la cosmonave, haremos lo posible y lo imposible para salvarle a usted y a los hombres de su gabinete. Lo que no haremos jamás es entregarnos.

—Eso es lo que deseamos, que no haya rendición. En el gobierno de la Confederación he dejado una grabación en video «T», es mi testamento como presidente y en él pido al pueblo que resista cualquier invasión, venga de donde venga, y especialmente la de los traidores.

—No conocía la existencia de ese testamento grabado —gruñó el general McArmy.

El presidente Foll respondió lacónico:

—Ahora ya lo sabe.

El general McArmy se encaró de nuevo con Senglar para preguntarle:

—¿Y qué planes tiene usted? —Antes de que Senglar pudiera contestar, el general añadió—: Lo mejor es regresar a la Tierra.

—No.

Ante aquella tajante negativa, el general insistió:

—¿Entonces?

—No conseguiríamos escapar, sólo haríamos que arrastrar tras de nosotros a los milicianos Blau.

—Soy su superior, comandante Senglar, exijo que exponga su plan para salir de este grave problema.

—Por favor, general McArmy —le pidió el presidente Foll—. Yo confío en el comandante Senglar, él sabrá lo que es mejor para salir de esta situación.

—Yo soy general, tengo más experiencia miliciana que el comandante Senglar.

Sin querer oírle, Senglar interpeló:

—¡Sábato!



—¿Si?

—¿Nohasdetectadoningunaflotilladecosmonaves?

—No, sólo satélites que orbitan el planeta Shadow. No hayninguna flotilla espacial a la vista.

—Quiero localizar de inmediato un asteroide que tengaentre cinco y diez kilómetros de radio.

—¿Un asteroide errante?

—Eso es.

—¿Para qué lo quiere? —quiso saber el general McArmy.

—Cuando lo tenga ya se lo diré, general. Y ahora, en marcha, rumbo al planeta Krono.

—No olvide que tenemos averías en la cosmonave. El fuselaje, por su parte exterior,no ha sido reparado en sutotalidad.

—Lo principal sí ha sido reparado. Que todos los hombres regresen al interior de la cosmonave —ordenó Senglar,abriendo el circuito de megafonía interior—. Vamos a proseguir viaje. El servicio de reparaciones y mantenimiento que permanezca atento; cuando hayamos cogido la inercia de crucero tras el impulso de los motores, proseguirán las reparaciones iniciadas hasta concluirlas.

Senglar tecleó en los mandos del ordenador y comenzaron a encenderse una batería de pilotos luminosos.

Pocos minutos más tarde, las toberas de escape de los motores propulsores entraron en ignición, chorros blanquísimos de luz cegadora que les empujaron hacia las estrellas, apartándoles de un planeta frontera llamado Shadow.

CAPITULO XI

—¡Ya lo tengo! —exclamó Sábato.

—¿El asteroide errante?

—Sí.

—Ponlo en pantalla —ordenó Senglar.

—Todavía lo tenemos a mucha distancia para poder verlo bien con nuestras cámaras de telescopía.

—No obstante, pásalo a pantalla.

Fuentes intervino para decir:

—Alexander nos está acosando con sus telecomunicaciones, deben estar muy cerca de nosotros.

—No les respondas, pero controla las telecomunicaciones con el goniómetro electrónico. Trata de localizar sus posiciones,es importante para nuestro plan.

Fuentes asintió con la cabeza mientras en pantalla aparecía un punto luminoso que, poco a poco, fue haciéndose más grande.

—¿Qué diámetro crees que tiene, Sábato?

—Mis cálculos son de siete coma tres kilómetros, pero, como es lógico, no es esférico; se trata de un pedrusco espacial multiforme.

—Nos sirve.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sábato.

—Vamos a por él.

—¿Y luego?

—Lo capturaremos.

—¿Cómo?

—Nos posaremos sobre él. Utilizaremos los anclajes de máxima


resistencia para sujetarlo, perforaremos la roca y hundiremos en ella los ganchos de agarre.

—¿Nos vamos a llevar el asteroide?

—Más o menos.

—Eso será un gran riesgo —opinó Fuentes.

—Sí, existe el riesgo de que se desgaje el fuselaje al tratar de llevarnos el asteroide desviándolo de su ruta cósmica. Correremos muchos riesgos pero lo intentaremos.

Fuentes inquirió:

—¿Es que vamos a ocultarnos en el asteroide para escaparalossuprarradaresdelosmilicianosdeAlexander?

—No creo que pegándonos al asteroide errante pudiéramos camuflarnos en el espacio, ellos nos encontrarían, mi plan es otro, aunque nuestro objetivo sea ahora ese asteroide errante.

Llevaba horas sentado en su butaca de comandante, necesitaba mover las piernas y se dirigió al gimnasio.

Tenía que hacer sudar su cuerpo o estallaría; los nervios estaban bien sujetos pero hacían que todos sus músculos le dolieran.

Se quitó la ropa y se puso el chándal para sudar.

Comenzó a hacer diferentes ejercicios gimnásticos en la pequeña pero bien dotada sala, imprescindible en las cosmonaves de largo radio de acción.

Cansar físicamente el cuerpo, sudarlo, era una forma de terapia preventiva imprescindible para los cosmonautas.

—Hola, Senglar.

Nina estaba allí. Un ajustado maillot negro ceñía su cuerpo, ella también había acudido al gimnasio para templar sus nervios.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

—Preocupada.

—¿Crees que no llegaremos nunca a Krono?

—Deseo ser optimista, pero hay algo en contra.

—Alexander y los Blau.

—Sí, ellos. ¿Cómo se han enterado de que el presidente Foll viajaba en esta cosmonave, cómo conocían tu nombre y el mío? ¿No crees que el enemigo número uno de la Confederación Terrícola sabe demasiadas cosas?

—He estado dando vueltas a esa cuestión y sólo he obtenido una respuesta.

—¿Un traidor?

—Sí, un traidor.

Senglar continuaba con su gimnasia, su respiración se hizo agitada. Nina no se sintió cortada; quizá Senglar buscaba más sangre para su cerebro.

Luego, tras descansar, con el cuerpo perlado de sudor bajo el chándal, dijo:

—No llego a deducir quién puede ser el traidor. Nuestras telecomunicaciones están controladas.

—¿Fuentes?

—No, no puede ser.

—¿Sus sustitutos?

—No, tampoco lo creo.

—Pues alguien ha debido ser, alguien con acceso a las telecomunicaciones. De lo contrario, Alexander no habría averiguado nada sobre nosotros.

—Eso es evidente.

—¿Crees que escaparemos de Alexander?

—Por lo menos lo intentaremos y si salgo con vida, tú serás mi pareja.

Nina sonrió.

—¿Has contado con mi opinión?

—Me pareció que me la dabas en la playa del lago de Shadow.

—Me embrujaste.

—¿Arrepentida?

Lamujersiguiósonriendo,ahoramásmaliciosamente.

Senglar tendió sus manos hacia ella y la estrechó por lacintura. El cuerpo elástico, bien torneado, no quedaba desfigurado por el maillot que lo cenia en parte.

La besó enla bocayellacorrespondió a la caricia.

El beso del hombre la enervaba, lo mismo que él sentía que el mundo desaparecía a su alrededor. Mas, una voz vino a romper aquel momento que podía ser el último para la pareja terrícola.

—Hum, no sabía que estuvieran aparejados.

Ambos se volvieron hacia el hombre que acababa de irrumpir en el gimnasio.

—Hola, general McArmy. ¿Cómo van esos nervios? —preguntó Senglar.

—Bien, bien, dentro de lo que cabe; como es lógico, preocupado por la situación que vivimos.

—Saldremos de ella o reventaremos en el espacio convirtiéndonos en polvo espacial.

—Nina, ¿no cree que debería estar ocupada en algo más importante?

La mujer, que aún sentía en su cuerpo los estímulos del deseo, la atracción instintiva hacia el hombre, se sintió herida.

—Estoy en mis horas de descanso, general.

—Un descanso agitado.

—Eso es problema mío.

—¿Pretende que redacte un mal informe sobre su conducta?

Nina apretó los labios con fuerza; fue Senglar quien replicó:

—Déjela en paz, ya le ha dicho que está en sus horas de ocio.

—Y usted parece saber aprovechar muy bien ese período de ocio.

—Eso es cuenta mía y usted no tiene por qué entrometerse.

—Soy el general, usted no puede responderme en la forma que lo hace.

—Haga lo que quiera, general, pero si sigue incomodándome haré que permanezca encerrado en su camarote.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de decir, comandante Senglar? —rugió el general.

—Perfectamente. Soy el comandante a bordo de esta cosmonave y nadie puede quitarme el mando hasta que la misión concluya. Para entonces, usted puede hacer lo que quiera.

—Tomo sus palabras como un acto de desobediencia y de nulo respeto a la superioridad. Ya sabe que el respeto a la superioridad en los viajes espaciales es condición máxima y sagrada para ser un buen cosmonauta.

—De acuerdo, general, pero usted se está propasando en sus atribuciones. Sabe que el comandante a bordo soy yo.

—Hablaré inmediatamente con el presidente Foll y si es preciso relevarle del mando, lo haremos.

—No lo intente, general McArmy —silabeó—, no lo intente, porque si trata de apartarme del mando ahora, utilizaré las armas a mi alcance.

—¿Es un desafío?

—Tómelo como guste.

El general se alejó con el ceño fruncido y una mirada que no presagiaba nada bueno.

—Te va a destruir —musitó Nina—. Si salimos vivos, no te "van a dejar comandar nunca más otra cosmonave. No olvides que los presidentes terminan sus períodos, pero los generales permanecen en sus puestos hasta que los jubilan.

—No me importa. El general McArmy no hace más que inmiscuirse en mi cometido de comandante. No me cae bien, somos antagónicos.

—¡Senglar, Senglar!—la llamada brotó por el altavoz.

—Me llaman de la sala central, debe ser algo importante.

—Espera… —pidió Nina—. Pase lo que pase, cuenta conmigo, tú serás mi pareja si salimos de ésta.

El hombre sonrió; Nina había dicho casi las mismas palabras que él.

—¡Senglar, Senglar!

CAPITULO XII

Senglar, todavía vestido con el chándal, utilizó el mando manual para maniobrar con lá gran cosmonave Tralla 29-1.

El ordenador, a través de los sensores conectados a él, le fue proporcionando datos a la centésima del segundo. Decenas y decenas de pilotos luminosos de distintos colores se encendían y apagaban.

—Cuarenta, cincuenta, treinta...

Sábato advirtió:

—Corremos un gran riesgo.

—¿Qué están haciendo? —gruñó el general McArmy entrando en la sala.

—¡Puñetas! —gritó Senglar—. ¡Márchese de aquí!

No se preocupó más de él.

La cosmonave descendía sobre el asteroide errante que en nada se parecía a una esfera. Era una roca gigantesca que se desplazaba a gran velocidad por el espacio cósmico a través de los sistemas estelares, buscando algún planeta contra el que colisionar o para terminar incrustándose en la masa ígneaporcontinuasexplosionesnuclearesdeunaestrella.

Había escogido la parte más plana que había encontrado de la superficie del asteroide.

La Tralla 29-1 descendió los últimos centímetros segundo a segundo hasta que unas patas telescópicas e hidráulicas tocaron el asteroide, posándose sobre él y nivelándose.

De pronto, una cadena de luces verdes se encendió porcompleto mientras se oían sonidos musicales emitidos por la computadora, como aplaudiendo la maniobra.

—¡Lo conseguimos! Nunca se sabe lo que puede pasar con un asteroide errante.

Todos respiraron, aliviados de la tensión.

—Equipos de trabajo al hangar, preparados con las herramientas para el anclaje.

Se abrió la rampa que la cosmonave tenía bajo la panza hasta que el extremo de la rampa tocó contra la superficie de aquella gigantesca roca espacial de siete coma tres kilómetros de diámetro, mayor que algunas lunas atrapadas por los planetas.

Aquel asteroide aún era libre porque jamás había pasado lo suficientemente cerca de un planeta como para quedar atrapado por su gravedad.

Con perforadoras láser, los técnicos practicaron los agujeros necesarios para que los anclajes penetraran suavemente en las entrañas del asteroide, anclajes que mediante unas articulaciones controladas a distancia se sujetaban a la roca.

Senglar sabía lo que iba a exigir a aquellos anclajes y también a la propia estructura de la cosmonave, nada más y nada menos que cambiar el rumbo del asteroide.

—¡Ya las tengo! —exclamó Fuentes.

—¿Las cosmonaves que nos persiguen? —preguntó Senglar.

—Sí.

—¿Cuántas son?

—No lo sé aún; las tengo localizadas entre babor y estribor.

—¿Distancia?

—Treinta mil uni-space.

—Eso puede ser equivalente a un período, según la velocidad a la que se desplacen.

—Todo son datos aproximados —dijo Fuentes.

—Hay que darse prisa. Tenemos que iniciar la perforación de la roca justo delante de la rampa y hasta una profundidad de dos mil metros.

Sábato objetó:

—Tal profundidad será imposible de obtener en un solo periodo.

—Trabajaremos al máximo. —Miró su reloj—. Dentro de siete horas comenzaremos a maniobrar con la cosmonave tratando de cambiar el rumbo del asteroide.

—¿Y los hombres que estén perforando? —preguntó Sábato.

—Durante la maniobra se reintegrarán a la cosmonave.

Senglar abandonó la sala de control yendo en busca del presidente Foll a quienhalló reunidocon sus ministros.

Todos vestían el traje de protección y llevaban vendas en gran parte de sus cuerpos afectados por las radiaciones. Al parecer, sufrían, Nina no había podido conseguir los calmantes que necesitaban.

El general McArmy estaba junto a ellos.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó Senglar.

—Estábamos decidiendo la actitud a tomar —respondió el presidente Foll.

—Yo sólo les propongo luchar contra Alexander y sus huestes espaciales. Como es lógico, existe la posibilidad de que seamos vencidos.

—Contamos con eso.

—Hemos atrapado el asteroide.

El general McArmy rechazó:

—Un asteroide no se puede atrapar con una cosmonave.

—Nosotros lo hemos hecho —puntualizó Senglar.

—Lo que usted ha hecho ha sido posar la cosmonave sobre el asteroide y sujetarla, nada más; eso no es atrapar un asteroide.

—Dentro de unas horas maniobraremos hasta cambiar el rumbo del asteroide.

—Imposible, no lo conseguirán. No podrán cambiar el rumbo del asteroide con los motores de la cosmonave, jamás se ha hecho antes de ahora.

—Pues ésta será la primera vez —replicó Senglar, tajante.

—¿Con qué propósito trata de desviar el rumbo del asteroide? —inquirió el presidente Foll.

—Tenemos localizada la flota de Alexander y los Blau. Desviaremos el asteroide para que se dirija a su encuentro.

—No pretenderá que el asteroide choque contra las cosmonaves de Alexander, ¿verdad? —se rió el general, sarcástico.

—No entiendo de batallas espaciales —intervino el presidente Foll—, pero a las cosmonaves de Alexander les será fácil esquivar la llegada del asteroide.

—Es cierto, pero mi plan es otro. No obstante, es necesario que dirija al asteroide en contra de la flota miliciana que viene a nuestro encuentro. Cuando llegue el momento adecuado que el ordenador calculará, abandonaremos el asteroide que seguirá el nuevo curso que le hayamos marcado. Serán momentos difíciles, juego con la sorpresa. No estoy seguro de si dará resultado o no, pero lo que sí puedo decirles es que es la única oportunidad.

—Y cuando soltemos el asteroide, en el supuesto de que consiga desviarlo de su curso natural a través del cosmos, ¿hacia dónde nos dirigiremos?

—Hacia el planeta Krono.

CAPITULO XIII

La perforación se llevaba a buen ritmo, pero a la llamada de Senglar, los técnicos regresaron al interior de la cosmonave.

La rampa se cerró y todos ocuparon sus respectivos puestos, equipados con los trajes de supervivencia de alta seguridad.

Las compuertas se cerraron una tras otra, estableciendo compartimentos estancos, pues existía la posibilidad de desgarros en el fuselaje.

El vacío exterior absorbería de inmediato la atmósfera artificial que había dentro de la cosmonave, y también succionaría útiles, muebles e incluso a los tripulantes si quedaban cerca de algún agujero.

—Atención, aquí Senglar, que cada cual permanezca en su puesto. Vamos a intentar cambiar el curso natural de un asteroide por arrastre; es la primera vez que esto se intenta y nos jugamos mucho, es decir, todo, pero es preciso hacerlo porque la Confederación Terrícola está en peligro. La flota de los Blau con el rebelde Alexander al frente nos persigue y a bordo de esta cosmonave viaja nuestro gobierno electo. Debemos luchar por él hasta la muerte y ahora, suerte para todos.

Senglar puso en marcha una grabación musical, era el himno a la paz, al amor, a la libertad de todos los hombres. Después, fue encendiendo motores.

La cosmonave ansiaba despegar del asteroide, pero teníasus garras clavadas en él. Los anclajes de aleaciones metálicas no cedían y todo comenzó a crujir, a vibrar, mientras despacio pero inexorablemente, Senglar aceleraba, exigiendo más y más potencia a los motores.

—¡Vamos a morir todos, esto es un suicidio! —protestó el general McArmy.

Los ruidos aumentaron, parecía que todo fuera a estallar.

Las agujas saltaban hacia las zonas rojas y la temperatura subía. Los pilotos rojos se encendían advirtiendo de los peligros.

Las tensiones en la estructura semejaba que fueran a hacer estallar la

cosmonave Tralla 29-1. Era como un cuerpo humano sometido a la primitiva tortura del potro donde todos los huesos acaban descoyuntándose.

—¡Se mueve, se mueve! —gritó Sábato—. ¡Cambia el rumbo, lo cambia!

Uno de los anclajes se partió pero los otros resistieron y el asteroide comenzó a modificar su rumbo en el espacio por la imposición del ser humano terrícola y su poderosa tecnología espacial.

Las luces rojas se apagaron. Las vibraciones cedieron y todo semejó volver a la normalidad.

El asteroide, la gran roca espacial, iba ya en línea recta al encuentro de la flota espacial rebelde que les perseguía con sana.

—¡Compañeros de viaje, lo hemos conseguido! Hemos librado la primera parte de la batalla, pero aquí no termina todo y hay que seguir perforando. El enemigo cada vez está más cerca, ahora nos dirigimos nosotros hacia él con el asteroide. Creerán que trataremos de pasar a través de la flota espacial rebelde protegidos en el asteroide pero no es así, la sorpresa será otra. Ahora, a trabajar.

—¿Qué trata de hacer con ese agujero que están perforando? —preguntó el general McArmy.

El presidente Foll estaba junto a ellos.

—Ahora ya puedo decirlo. Dentro del agujero introduciremos una potente bomba nuclear supra-expansiva que estallará en el momento adecuado.

—¿Para hacer explotar el asteroide?

—Exacto. Ha de estallar justo cuando llegue a la altura de la flota rebelde. Ellos tratarán de esquivarlo, pero el asteroide estallará, convirtiéndose en miríadas de pequeñas rocas convertidas en metralla espacial. ¿Se imagina el radio de acción que esta metralla alcanzará, expandiéndose con fuerza centrífuga? Si todo sale bien, de una vez por todas, habremos acabado con Alexander y su peligro de invasión. Será la trampa más grande que hayan podido imaginar, sólo que acabará con ellos.

—Yo no sé si saldrá bien o mal —opinó el presidente Foll—, pero la idea me parece genial. Si consigue lo que pretende, comandante

Senglar, usted solo habrá conseguido lo que no ha logrado toda la milicia espacial de la Confederación.

—Yo solo no, presidente, lo conseguiremos entre todos los que estamos a bordo. Es una lucha desigual, una cosmonave sola frente a docenas y docenas de cosmonaves milicianas en formación de ataque y bien pertrechadas de armamento. Nuestra única salida es la sorpresa y la van a tener.

Antes de que nadie pudiera darse cuenta, el general McArmy empuñó una pistola polivalente con la que apuntó al presidente Foll.

—La sorpresa ha terminado, se acabó el trabajo. Si alguien me desobedece mataré al presidente y destruiré también este centro de control. Quien manda ahora soy yo.

—¿Cómo puede hacer esto? —rugió el propio presidente Foll.

—Nadie podrá impedir que el mariscal Alexander se haga con el poder en el planeta Tierra y sus colonias espaciales. La Confederación es un sistema decadente y lo mejor es hacerlo desaparecer, por eso estoy al lado del mariscal Alexander.

—Es usted un traidor.

—A los traidores, la historia les llama vencedores y les dedica monumentos.

Senglar dijo en voz alta:

—Me estaba preguntando quién podía ser el traidor y no hallaba respuesta. ¿Cómo ha podido usted avisar a Alexander de que aquí viajaba el presidente Foll?

—He tenido que ingeniármelas para no llamar la atención. Conocía muy bien las tripas electrobiónicas de su androide JR y pude meterle una casete. El mismo, de forma automática, envió el mensaje cuando lo descendieron al planeta Shadow en el transbordador. Mientras se paseaban por el planeta frontera, el androide JR iba enviando mensajes con el emisor-receptor que llevaba y no cabe duda alguna de que su mensaje ha sido captado. Ahora ya puede darse por sabido que la victoria es de Alexander. Iremos pacíficamente hacia él y nos entregaremos, es mejor que no se derrame sangre. No es preciso destruir cosmonaves innecesariamente y a usted, presidente Foll, le aconsejo que cuando nos acerquemos todos al planeta Tierra firme la rendición y pida paz, calma y sumisión al pueblo, será lo mejor para

todos.

—Eso no lo haré jamás.

—Pues le va a costar la vida.

—Prefiero morir.

—Sí, creo que sí prefiere morir, pero este asunto lo resolveremos con Alexander y él tiene medios para que usted diga lo que sea necesario. Si es preciso, se le operará el cerebro, le anularán cierto lóbulo y se le introducirá un microrreceptor conectado a la corteza cerebral. Será usted el ser más sumiso y sonriente de la creación.

—¡No, antes prefiero morir! —rugió el presidente, abalanzándose sobre él.

Nina, que había oído lo que ocurría a través de los altavoces repartidos por el interior de la cosmonave, se acercó a la sala de control llevando la pistola en su mano; estaba decidida a todo.

—¡Quieto! —ordenó tajante.

El general McArmy se volvió hacia ella y la mujer nodudó en dispararle mientras el general disparaba a su vez. El rayomortalpasórozandoelrostrodelpresidenteFoll.

Todos vieron cómo el general McArmy caía alcanzado de muerte, pero el presidente se salvó.

—Gracias en nombre de la Confederación —dijo el presidente Foll a Nina.

—No perdamos tiempo —casi rugió Senglar—. La flota de Alexander viene hacia nosotros y nosotros, sobre el asteroide, vamos a su encuentro, el tiempo se reduce y hay que darse prisa.

Los hombres de Tralla 29-1 prosiguieron la perforación, aunque no pudieron llegar a la profundidad deseada, no había tiempo para más.

Era su única posibilidad de salvarse, había que colocar la bomba en el interior del agujero practicado en el asteroide.

—Listo —dijo el jefe de trabajos en el exterior.

—Todos adentro —ordenó Senglar.

Sábato gruñó:

—Nos estamos aproximando excesivamente.

Se cerró la rampa y Senglar quitó los anclajes, pero uno de ellos se resistió.

—¿Qué pasa? —preguntó Nina.

Senglar puso en pantalla el anclaje que seguía clavado en el asteroide.

—Si ese anclaje no se suelta, si no podemos escapar, dentro de muy poco nos habremos convertido en polvo espacial.

Insistieron, pero el anclaje se había atascado.

—Estamos perdidos —gruñó Sábato.

—Aún no —replicó Senglar—. En la cuenta atrás que ha calculado el ordenador, cuando el reloj marque cero, poned los cohetes en marcha y girad la cosmonave ciento ochenta grados. Hay que alejarse a toda velocidad rumbo al planeta Krono. Yo voy a cortar ese anclaje.

—¡No tendrás tiempo! —le advirtió Sábato, mirando el reloj.

—Cumplid mis órdenes o será el fin de la Confederación.

Nina se abalanzó sobre él y le besó en la boca. Senglarconsideró que no se podía prolongar aquel beso, el tiempo era su mayor enemigo.

Se vistió con el traje de supervivencia y se colocó a la espalda un automonocohete. Tomó un láser cortador y salió por una pequeña cámara de descompresión.

Utilizó el monocohete para salir de la cosmonave y se desplazó alrededor de ella hasta encontrar el anclaje que les mantenía sujetos al asteroide. Puso en marcha el láser y comenzó a cortar el grueso y resistente metal.

La cosmonave parecía un gigantesco insecto posado sobre aquella roca que viajaba por el espacio, ahora con el rumbo cambiado.

—Quedan tres minutos —le advirtió Sábato.

Siguió cortando el metal. Era de una aleación durísima y resistente al calor, pero fue cediendo.

—Veinte segundos —tartamudeó Sábato, previendo la tragedia.

Senglar no respondía nada, sabía que le estaban viendo por la pantalla y no se dejó llevar por los nervios. Al fin exclamó:

—¡Listos! Libre, adelante.

—¡Cero! —gritó Sábato.

—¡Senglar,agárrate!—chillóNinadesgarradoramente.

Senglar se aferró a la cosmonave con las manos enguantadas y soltó el cortador láser que quedó flotando. Los motores entraron en ignición, la cosmonave se separó del asteroide y giró sobre sí misma.

A gran velocidad se alejó del asteroide que seguía su nuevo curso en dirección a los rebeldes de la milicia espacial.

Cogido a la panza de la cosmonave, Senglar divisó el asteroide a lo lejos.

El cálculo de velocidades estaba hecho por el ordenador y al llegar la gran roca justo al encuentro de las milicias espaciales Blau que abrieron la formación para no chocar con él, casi riéndose del asteroide, éste comenzó a crujir y reventó como la mayor de las bombas jamás construidas.

Toda la roca se convirtió en metralla que se esparció entorno alcanzando a las cosmonaves Blau que fueron reventando, cogidas por la explosión mientras una luz vivísima lo cegaba todo. Era como el nacimiento de una nueva estrella.

Todas las cosmonaves de la flota de Alexander desaparecieron, fue el final de una rebeldía.

Senglar aguardó a que los motores de la Tralla 29-1 se detuvieran, alcanzada ya la velocidad de crucero rumbo al planeta Krono donde el presidente Foll y sus ministros esperaban curarse de las heridas causadas por unas radiaciones accidentales.

Senglar puso en marcha su automonocohete y buscó la puerta que dejara abierta.

Se introdujo en la pequeña cámara de presurización, la cerró y aguardó a que el aire la llenara de nuevo.

Abrió la siguiente puerta que daba acceso al resto de la cosmonave y

allí le aguardaban los brazos de Nina.

—¡Senglar, Senglar!

Se fundieron en un abrazo preñado de futuro, de libertad.

FIN